Ac. Esp. II - 108

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

EL DÍA 12 DE DICIEMBRE DE 1920

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1920

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. Armando Palacio Valdés.

Señores Académicos:

I

He aquí transcurridos catorce años desde el día en que me habéis conferido el honor de formar parte del más alto Cuerpo literario de la Nación. Si en toda ocasión es apetecible sentarse al lado de los hombres que en cada país representan la cima de su poderío intelectual, crece este honor, y se agiganta hasta hacerse abrumador, cuando nos colocan en el sitio mismo que antes ocupaba un insigne maestro de las letras. Por eso es doble la deuda de gratitud contraída. Me llamásteis á compartir con vosotros las nobles tareas de este Instituto, y por un rasgo de delicadeza que me confunde, lo hicísteis para sustituir al insustituible novelista D. José María de Pereda. Esta es la razón de que por tanto tiempo haya dilatado el venir á sentarme entre vosotros. Temía, fundadamente, que al ver ocupado tan presto el sillón del maestro, su pérdida os pareciese aún más dolorosa.

No sólo la admiración que su arte me inspiró siempre, sino la afectuosa amistad que entre nosotros existía, hacen para mí esta herencia bien preciosa. Profundas afinidades de sentimientos, de inclinaciones y de esperanzas, aparecían entre nosotros. Porque si él amaba con entusiasmo el verde rincón donde á la Providencia plugo hacerle nacer, con igual calor amo yo el mío natal, no

menos verde y menos hermoso. Si él gustaba de la soledad y del silencio augusto de los campos, y huía el trato mundanal y se placía en el comercio de unos pocos y escogidos amigos, esa misma ha sido siempre la inclinación invencible de mi espíritu. Y si él aliviaba la pesadumbre de esta vida terrena con la esperanza de descorrer un día los velos tupidos que aquí nos ocultan la verdad y la belleza inmortales, yo también sueño con la región inmarcesible donde la justicia no se obscurece jamás y el amor triunfa de la muerte. Aquí se detiene nuestro parentesco espiritual. Pluguiera á Dios que me fuera dado llevarlo más lejos; á sus dotes de observación, á su donaire, á su arte exquisito de novelador, á su conocimiento profundo de los recursos de nuestro idioma. Permitid que os entretenga unos instantes hablando de este gran artista que lloran las letras españolas, y con motivo de él os comunique algunas de mis observaciones acerca del papel que el literato desempeña en la sociedad contemporánea.

Siempre que me he acercado á Pereda y con él departía, no podía menos de sentirme asegurado y confortado en mi fe y en mi amor á la raza á que pertenezco. No imagino que exista en la actualidad otra tan motejada. Si escuchamos á los extraños, somos un pueblo moribundo, refractario á los progresos modernos, rebelde á toda disciplina, incapaz para la política y para las artes industriales. Si atendemos á lo que entre nosotros se dice es peor. Los españoles somos un conjunto de seres degenerados, de una impotencia y una bajeza irremediables.

No soy de los que se forjan ilusiones respecto á nuestro país. Nadie ha deplorado con más amargura que yo los grandes vicios en él arraigados; pero, la observación atenta y reflexiva de mis conterráneos, y la comparación con los naturales de otros países, me ha llevado á la convicción de que la inteligencia y el carácter de los españoles, esto es, sus cualidades nativas, no son inferiores á los de las demás naciones civilizadas. Sólo somos inferiores á casi todos en la solidaridad, en la disciplina social, en la educación, por decirlo así en una palabra.

Pues bien, yo creía ver en Pereda la encarnación de las cualidades de mi raza. Era á mis ojos el tipo del castellano viejo, como me complazco siempre en representármelo. No hablo de su inteligencia y de su numen, que eran excepción en España, y lo serían en cualquiera otra parte del mundo donde hubiera nacido, pues los artistas de su altura no abundan; me refiero á su carácter, á su modo de ser moral y hasta físico. Un cuerpo enjuto musculoso, exuberante de agilidad y fuerza; una hermosa cabeza de rasgos enérgicos, coronada por una mata de cabellos recios y ondeados; una boca severa; unos ojos de mirada clara, insistente como la de los niños, que aspira á beber la realidad hasta la última gota. Os acercábais á él, le hablábais, y su ruda franqueza, la afectuosa cordialidad que se trasparentaba bajo su gesto imponente, os atraía de un modo irresistible. Seguíais cultivando su trato, y no tardábais en advertir que aquella máscara de gravedad austera ocultaba el temperamento más jovial que pudo hallarse jamás. Vivíais á su lado en perpetua alegría. Marchaba por la vida viendo el aspecto cómico de los hombres y los sucesos y reflejándolo.

Pero este aspecto no le inspiraba ni reflexiones amargas, ni frases sarcásticas, ni consideraciones metafísicas: sólo servía para despertar su alegría y la de los demás. Cuando Pereda, en el curso de la conversación, nos hacía reir á expensas de alguna persona, lo hacía de tal modo, que desde entonces estimábamos más á aquella persona. ¡Hermoso, celestial privilegio de las almas grandes que logran ennoblecer aun lo mismo de que se burlan! Los pormenores más vulgares de la existencia cotidiana servíanle de tema constante para mil finas y graciosas observaciones, y no conocí jamás otro hombre, sino el que me ha dado el ser, que tuviese tan grabados en la memoria los sucesos de su infancia. Era la de Pereda una malicia inocente, bien lejana de esa otra pálida y venenosa que hoy predomina en los libros, en los periódicos y en los salones; la malicia del hombre justo, sano, bien equilibrado, que alegra sin oprimir el corazón y nos hace reir sin remordimiento.

Recuerdo, señores, que en cierta ocasión me describía Pereda, á su modo sobrio y plástico, la escena acaecida entre dos de sus convecinos, los hombres más pacíficos y sedentarios de la tierra, quienes al encontrarse en la calle pocos momentos después de llegar á Santander la noticia de la toma de Tetuán por las tropas españolas, se abrazaron sollozando: «¡Hemos entrado! ¡por fin hemos entrado!» gritaban estrujándose hasta quebrarse los huesos. Yo reía á carcajadas. Y sin embargo, cuando más tarde tuve ocasión de conocer á uno de estos sujetos, no pude menos de estrechar su mano con viva simpatía. Refiero este caso como ejemplo de su malicia caritativa.

No era, sin embargo, Pereda un impasible, uno de esos hombres que colocándose de un salto en otra esfera superior á aquella en que se agitan los demás hombres, contemplan sus esfuerzos y dolores, sus pasiones, sus maldades y sus justicias con perfecta serenidad de espíritu. Esta actitud de dios terrestre me ha parecido siempre un poco teatral. Cuando es hija de un esfuerzo de la voluntad orgullosa no tarda en descubrir su flaqueza por caídas lamentables. Otras veces ha sido engendrada por la frialdad y el egoísmo, y entonces se hace odiosa. Pereda no pensaba en sustraerse á la condición humana. Poseía una naturaleza sensible, un instinto de la justicia extremadamente vivo y no se esforzaba en ocultar su indignación ante el espectáculo de la maldad. «Teme la calma del malvado; no temas la cólera del justo», dice un proverbio indio. Las cóleras efímeras de Pereda no eran temibles. Su irritabilidad, detrás de la cual se adivinaba la expansión de un alma vehemente enamorada de la justicia, le hacían aún más amable.

Pereda creador, artista, guardaba las cualidades que tan estimable le hacían como hombre. Aunque tuvo siempre como escritor un temperamento épico, esto es, aunque vió siempre los hombres y las cosas como son en sí, pintando la naturaleza exterior de un modo tan impersonal como maravilloso, quedaba ésta, no obstante, impregnada, embalsamada por la nobleza de su espíritu. El amor, que es fuerte como la muerte, es también sutil como el

aire y llena todos los vacíos. Por eso la obra entera de Pereda deja una impresión de alegría, de dulce reposo Quisiera uno haber vivido entre los rudos marineros que describe, charlar por las tardes en alguna trastienda con aquellos burgueses estrafalarios, tropezar en la campiña con sus aldeanos socarrones y ofrecerles un cigarro y escuchar sus discursos pintorescos, sufrir también los respingos de aquellas hermosas y terribles callealteras. La vara mágica del poeta evoca ante nuestros ojos un mundo lleno de encanto.

Es por cierto bien sorprendente, bien digno de meditarse cómo por la mediación del hombre inspirado surge de la sombra y se revela á la humanidad un momento del tiempo, un pedazo insignificante y olvidado del planeta. El caso de Pereda es ejemplar y puede aplicarse á la obra de todos los poetas.

Santander era hace algunos años una de tantas ciudades de España que no atraía la atención del viajero por ninguna cualidad interesante, ni por su riqueza, ni por su ornato, ni por su tráfago, ni por su antigüedad, ni por su belleza, ni por lo curioso y original de sus costumbres. Vegetaba en la sombra de la vulgaridad este pueblo como la mayoría de las capitales de provincia españolas. Mas hete aquí que aparece Pereda y arroja á la publicidad sus famosas *Escenas Montañesas*, y después una á una sus novelas. Un foco de luz intensa despide sus rayos sobre aquel rincón. Las miradas de todos se convierten hacia él y lo exploran con creciente interés. Los españoles se olvidan de su pueblo y viven ya para aquel otro que les parece más interesante y original. Se sueña con el muelle Naos, con la calle Alta, con Maliaño y el Astillero; se habla de Muergo y de Tremontorio, cual si fueran nuestros vecinos ó los conociéramos de antiguo; se comentan las decisiones del Cabildo de Mar; pensamos á todas horas en los peligros que corren aquellos bravos pescadores; seguimos gozosos á las lindas costureras en sus paseos por las calles de la Blanca y de San Francisco, y asistimos anhelantes á las fragorosas reyertas de las pescadoras de la calle Alta. La mente del novelista es la lámpara

que alumbra aquel rincón de vida, lo hace significativo é interesante.

Es la historia de siempre. Nuestro cerebro recrea el mundo objetivo creado por Dios con sus múltiples formas, con sus infinitas é interesantes transformaciones; pero sólo el espíritu del poeta sabe dar á ese mundo una significación, hallar el lazo invisible y misterioso que le liga á la mente divina haciéndolo bello y amable. El que lea á Pereda quedará persuadido fácilmente de que no existe sobre la tierra nada insignificante. Todas las apariencias creadas por Dios y recreadas por el espíritu humano, adquieren alto relieve cuando el alma del poeta se embellece á su contacto. El vulgo corre detrás de lo excepcional y maravilloso pensando que sólo allí puede saciar sus anhelos secretos de belleza y sentir la emoción divina que presta dignidad y encanto á la vida. Para ello abandona, desdeñoso, lo que vive y se agita en torno suyo, la trama ordinaria de su vida cotidiana donde no ve otra cosa que insulsez y tristeza.

No pocas veces en el curso de mi vida (y presumo que á Pereda le habrá acaecido otro tanto), han venido algunas personas á suministrarme argumentos de novela. En cuanto esto se me anuncia me acomete un profundo malestar. Por regla general, los tales argumentos son enormes y fastidiosos disparates capaces de hacer dormir á cualquiera con dolor de muelas. En cambio, he podido observar con sorpresa que la vida ordinaria de esas mismas personas, sus afecciones, sus menudas aventuras amorosas, su carácter y el de los seres que les rodean, suelen guardar aspectos muy interesantes, verdaderos tesoros para el novelista. Amigos he tenido que se estremecían de entusiasmo leyendo los amores de Lamartine ó los de Goethe, y, no obstante, habían conocido en el curso de su vida y habían sido amados por seres tan interesantes y tan bellos como Graziella y Federica Brion.

Pero no basta que haya luz; son necesarios los ojos. La visión poética de la realidad no se produce sino cuando en mayor ó menor grado es poeta el espectador. Pereda no fué á California como

sus paisanos y los míos en busca de tesoros. Le bastó cavar un poco en su tierruca para enriquecerse y enriquecer á su patria. Sotileza y Muergo vivirían y morirían absolutamente desconocidos, pasarían al lado de sus convecinos sin que éstos pudiesen sospechar que en aquella esquiva chicuela *callealtera*, que en aquel rudo y monstruoso marinero, existían los héroes de un poema delicioso si Pereda no se hubiera detenido un instante á contemplarlos. Quien hubiera oído disertar al viejo Tremontorio contra la civilización moderna, sentado frente al mar entre los jóvenes pescadores, sus compañeros, no pensaría ciertamente que sus discursos habían de pasar á la posteridad. ¡Cuántos seres interesantes, cuántos poemas gustosos cruzan en la vida á nuestro lado sin que podamos sospecharlo! Glorifiquemos á los pocos hombres que iluminan con su inspiración la triste realidad, que hacen brotar flores en los páramos, que nos devuelven los guijarros de la calle transformados en zafiros y diamantes. Pereda ha sido uno de ellos; glorifiquémosle. Dejadme, señores, que os felicite por haberle tenido á vuestro lado; dejadme también felicitar de antemano á los representantes del pueblo que consigan erigirle un monumento en la capital de España. El pueblo desfilará respetuosamente por delante de su estatua y los ojos se nublarán de lágrimas al contemplar á aquel hombre que tanto le ha hecho reir. ¡Ay! Alguna vez le he visto desfilar riendo por delante de otras estatuas erigidas á quienes le han hecho llorar. ¿Deberé felicitarme también yo por haber sido llamado á ocupar su puesto entre vosotros? No me atrevo. Pronto echaréis de ver cuánto habéis perdido en el cambio, y este pensamiento amarga mi satisfacción. Me consuelo, sin embargo, imaginando que los grandes artistas jamás pueden ser sustituídos: son modelos hechos á *cera perdida* por el divino escultor de todas las cosas.

II

Pereda ha sido toda su vida un literato, nada más que un literato. ¿Y qué es un literato? me he preguntado muchas veces. ¿Qué papel representa, cuál es el que debe representar en nuestra sociedad? Para todo aquel que haya consagrado su vida ó una gran parte de ella á las letras, este tema no puede menos de ofrecer vivo interés. Sólo por esta razón me atrevo á exponer entre vosotros, amantes de las letras y designados por la patria para guardar su idioma, algunas breves consideraciones confiado en que excusaréis su insuficiencia. Vuestro superior criterio y vuestra experiencia las irán completando ó las irán rectificando á medida que salgan de mis labios.

Considero como literato á aquel hombre destinado á revelar la belleza oculta en el Universo á sus semejantes, á despertar en ellos la llamada emoción estética por medio de la palabra escrita, llámese poeta épico ó lírico, novelista ó dramaturgo. Considero asimismo literato, á aquel otro que por medio de sus luces naturales ó adquiridas, ejecuta un trabajo de selección en las obras poéticas y contribuye á depurar el gusto del público, señalándole la belleza oculta no ya en la naturaleza, sino en la obra de arte, llámase crítico ó erudito ó simplemente periodista. De esta definición deduzco, que la distintiva cualidad del literato ha de ser no el sentimiento vivo de la belleza, como generalmente se supone, sino el poder de hacerla ostensible. En efecto, hay muchos

hombres dotados de exquisita sensibilidad y aptos para recibir la emoción estética, pero incapaces de despertarla en sus semejantes. Por no distinguir una de otra cualidad gimen las prensas bajo el peso de tanta producción estéril, y sufrimos la invasión de una multitud de autores inhábiles. Pensar que basta sentir vivamente ó inflamarse ante la presencia de un objeto bello para ser poeta, es gran dislate. Mi, ya larga, experiencia me ha hecho tratar personas cuya sensibilidad, casi enfermiza, me causaba admiración, que permanecían en éxtasis delante de un paisaje, que escrutaban con sagacidad los misterios del alma y se estremecían de entusiasmo recitando estrofas de Lamartine ó de Zorrilla. Pues bien, estas mismas personas me sorprendían al comunicarme las cuartillas en que habían dejado correr su pensamiento: ni un rasgo feliz ni una observación delicada, nada que revelase inspiración ó pericia advertía en ellas. El poder de devolución ó, lo que es igual, de hacer gozar á los otros la belleza que ellos tan hondamente sentían, les faltaba por completo.

Pero esto mismo hace ver claramente que el poeta no es un meteoro fugaz en la sociedad humana, un ser de naturaleza excepcional, amasado con otra pasta que los demás hombres. Tal creencia, que han querido fomentar muchos de ellos con orgullo, no tiene fundamento alguno. El poeta sólo se distingue del resto de los hombres por la facultad de expresión. La sensibilidad, el amor, el instinto de la belleza, son patrimonio común en mayor ó menor grado de todos los seres humanos. Si de otro modo ocurriese, si cayese de las nubes como un ser nacido en otro mundo inaccesible, nadie entendería su lenguaje. Es el poeta la voz de la muchedumbre muda, el intérprete de sus pasiones, de sus alegrías y tristezas, de sus dudas y esperanzas: su corazón debe palpitar al compás de los que le rodean. Infiero de aquí que es gran error por su parte el intentar sustraerse á la condición humana y afectar una desdeñosa superioridad sobre los demás hombres. El grande y envidiable destino á que está llamado por el contrario, se cifra en mostrarles los tesoros de poesía que guardan en su

propio corazón, endulzar sus penas, compartir sus alegrías, depurar su alma de pasiones insanas y hacerles vivir una vida cada vez más noble, cada vez más alta. No hallaremos ciertamente en la antigüedad ejemplos de orgullo tan vituperable. Los antiguos poetas no trataban de erigirse en semidioses y hacerse adorar de la muchedumbre. Lejos de eso, cantaban la felicidad y las altas empresas de estos semidioses para hacerlos aún más venerables. Ellos se escondian humildemente detrás de sus cantos. En la Edad-media, siendo la condición social del poeta aún más oscura, no soñaba por cierto en ofrecerse como un ser aparte, inaccesible, exento de aquellas reglas y limitaciones que las costumbres establecen para los demás hombres.

Estaba reservado á los tiempos modernos tan raro endiosamiento. Nunca hasta los siglos diez y ocho y diez y nueve hemos visto que el hombre favorecido de las musas pretendiese escalar el Olimpo sino con la imaginación. Mas ahora se quiere subir á él y sentarse allí materialmente y vivir la vida feliz, dominadora de los inmortales, y recibir incienso y beber ambrosía con *champagne* helado, y bajar de vez en cuando á la tierra convertido en cisne como Júpiter, para seducir á las hijas y á las esposas de los burgueses. El plan es interesante, pero no siempre se desliza con la debida regularidad. Los burgueses suelen ser menos pacientes que el rey Tíndaro de Esparta, y no llevan á bien la seducción de sus esposas aunque sea por un inmortal, les ocasionan algunos disgustos y desde luego se niegan á pagar la lista civil de estos reyes del Olimpo, los cuales por tal razón no pocas veces se ven necesitados á vivir sin esplendor. De aquí sus protestas furiosas y sus diatribas amargas contra la sociedad que desconoce la legitimidad de sus derechos. El padre de todos los genios díscolos que la Europa viene padeciendo desde hace muchos años, es Lord Byron, quien fué grande y admirable por sus versos, no por la violencia de sus pasiones. Sus herederos directos no han escrito tan hermosos versos, pero ostentan idéntico orgullo y reclaman el mismo derecho excepcional á los goces de la vida.

Pero aún hay otra manera de franquear el círculo en que se mueven los humanos, manera más noble, y por lo mismo, mucho menos frecuente. Consiste en adoptar un continente frío é impasible ante las pasiones que agitan incesantemente á los mortales, sustrayéndose por un esfuerzo de la voluntad altiva á sus penas y alegrías. El poeta se erige en dios igualmente, mas no para gozar á su antojo de la vida, sino para experimentar la dulce sensación del amor propio satisfecho. Modelo acabado de esta clase de endiosamiento ha sido Goethe, poeta excelso, novelista singular, que logra interesarnos profundamente, no sólo por la belleza de sus obras, sino también por el temple de su carácter. Mas este carácter no fué tanto un producto nativo como el resultado de su voluntad enérgica. Goethe ha sido un hombre sistemático, el reverso, por lo tanto, de su émulo Lord Byron. Saturado de la mezcla de estoicismo y epicurismo, que libara en la filosofía de Espinosa, resuelto desde su juventud á mantenerse en lo alto, rindió culto toda su vida á la grandeza de su pensamiento, se postró ante él como un creyente ante el altar, y constituyéndose en sacerdote de sí mismo, sacrificó fanáticamente á la mayor gloria de este pensamiento, no solamente sus pasiones, que sería legítimo, sino también la felicidad de los otros. Goethe fué un adorador de su inteligencia, como Rousseau lo fué de su sensibilidad. Para el uno, cualquier perfección añadida á su cerebro bastaba á borrar como el agua lustral sus pecados. Para el otro, un tierno movimiento del corazón y algunas lágrimas santificaban el delito y tenían poder suficiente para romper los vínculos más sagrados y abolir todas las leyes divinas y humanas.

Byron, Goethe, Rousseau, éstos son los tres hombres que más han influído en la moderna literatura. Y como los tres no han cesado de mirarse á sí mismos, como eran profundamente egoístas, nuestra literatura toda se halla infiltrada de su espíritu. Buscando desde el principio una actitud original que le distinga de los demás y atraiga hacia él las miradas del público, el escritor ha perdido para la contemplación del mundo externo aquella amable se-

renidad que caracterizaba á los poetas de la antigüedad. Sólo cuando niños gozamos ahora de esa penetrante mirada que nos descubre la ideal belleza del universo. Gracias á esa mirada escribimos alguna vez con acierto los modernos. Así que nos hacemos hombres, nuestra observación turbada por tanta petulancia, por tal ansioso deseo de gloria, no nos deja percibir más que imágenes monstruosas, una visión mórbida y triste de la realidad.

Frente á estos tres grandes escritores que han logrado formar ya varias generaciones de literatos, ofrezco otros dos más grandes aún, los más grandes quizá que hayan vivido en todos los tiempos, Shakspeare y Cervantes. Quien haya visto representar ó lea las obras del primero, no concebirá fácilmente que el ser excepcional que las ha escrito viviera como el vulgo de los hombres. Sin embargo, nada más cierto. Shakspeare en su vida privada fué un pacífico ciudadano, ordenado, ahorrador, que jamás pretendió llamar la atención sobre su persona. En época tan instable y azarosa como aquella en que floreció, á pesar de su profesión de cómico propensa al desarreglo de las costumbres y del ejemplo de sus émulos, casi todos aventureros entregados al vicio, muchos de ellos viviendo y muriendo en la violencia, el más insigne poeta de los tiempos modernos dejó transcurrir su vida dulcemente trabajando, ganando dinero como empresario de teatro y ahorrándolo. Los vecinos de Stratford le veían llegar todos los años con la bolsa repleta para comprar algunos pedacitos de tierra que iba agregando á sus dominios, ó bien una hermosa casa para instalar en ella á su esposa y á sus hijas. El Homero del Norte se apresura á pagar las deudas de su padre y constituirle una renta para que viva cómodamente, vende piedra, recogida en sus jardines, al municipio, coloca dinero á réditos y persigue á sus deudores cuando no le pagan, casa á sus dos hijas lo más ventajosamente que puede y, por último, á los cuarenta y cuatro años de edad, en plena y resonante gloria, abandona á Londres y se aparta del público que le aclama, de la corte que le protege y

de los magnates que le honran con su amistad para reposar en su rincón de Stratford. Es allí un vecino más. Y ¡caso portentoso! aquel gran poeta ya no se preocupa para nada de la suerte que corren sus obras, no se toma el trabajo de reunirlas ni de imprimirlas, poseyendo medios suficientes para hacerlo. El mundo maravilloso, los tesoros inapreciables que sorprendemos en estas obras, viven solamente en su cerebro. El genio de Shakspeare lo abraza todo menos la vanidad.

Nuestro literato príncipe Miguel de Cervantes, tampoco hizo nada para sustraerse á la condición de los mortales. Soldado valeroso en Lepanto, cautivo heroico en Argel, observador piadoso de los hombres en todas partes, el autor del *Quijote* fué un resignado amante de la verdad y la belleza y un espectador desinteresado de la comedia humana. El viejo Goethe, comprendiendo al cabo la nada de su orgullo, exclama por boca de *Fausto*: «¡Oh naturaleza! ¿por qué no soy frente á ti un hombre, nada más que un hombre?» El viejo Cervantes al fin de su vida pudo decir: «¡Oh naturaleza, he sido frente á ti un hombre, nada más que un hombre!» ¡Cuán lejos nos hallamos todavía de aquellas orgías románticas en que se bebía el vino de Falerno en vasos fabricados con el casco cerebral de algún amigo! ¡Cuán lejos también de las perversidades y del cinismo teatral de los últimos decadentes!

D. José María de Pereda pertenecía á la raza de Cervantes y era su digno descendiente. De una sencillez infantil en su trato y en sus costumbres, inteligencia esencialmente intuitiva, enemigo, por tanto, de las abstracciones, observador infatigable, perfecto caballero en sus actos, no sólo fué admirado como escritor, sino respetado y amado de todos como hombre. Rígido hasta la intolerancia en sus creencias religiosas y en sus opiniones políticas, era la tolerancia misma en el comercio usual de los hombres. Ninguno más accesible que él, ni más sociable. Fué en su querida ciudad un vecino que departía amigablemente lo mismo con los grandes que con los pequeños, acaso más alegremente con éstos, porque le deparaban más sabrosas observaciones.

Pero este carácter de la sociabilidad que advierto en Pereda y en otros ilustres escritores, no es distintivo en todos ellos. Hay en el firmamento de la literatura astros solitarios de primera magnitud. Aún más, la tendencia á la soledad es innata en los hombres de letras, y si en los comienzos de su vida no se descubre, fatalmente aparece en sus últimos años, cuando alcanzan una edad avanzada. Será que el alma del poeta identificándose cada día más con las ideas eternas que residen en el fondo del Universo se despega al propio tiempo de sus fenómenos fugitivos; ó será, por ventura, que su ineptitud para percibir las relaciones de las cosas que el vulgo de los hombres advierte tan fácilmente, y debiendo por esto experimentar amargas decepciones, le aleja del comercio de ellos. No llegaré á afirmar, como un filósofo reciente, que la piedra de toque de un hombre y el signo de su valer se cifra en su aptitud para soportar la soledad; pero sí descubro en todo artista el placer de vivir á solas con su propio pensamiento. El mundo con su pintoresca variedad de caracteres, la trama complicada de sus relaciones y el choque fragoroso de sus pasiones y apetitos, le atrae como un espectáculo interesante; mas una vez visto y arrancados de él los materiales necesarios, se refugia gozosamente en sí mismo. Entonces la sociedad le turba y á solas con su pensamiento repite como en un claro espejo las imágenes que han pasado por delante de sus ojos, y esta contemplación gozosa basta para idealizarlas.

Por eso observamos que el amor á la soledad en los literatos es intermitente. En épocas indefinidas aparecen en el mundo, se mezclan con la muchedumbre, participan de sus placeres, de sus ilusiones ó de sus cóleras, y repentinamente se eclipsan para surgir de nuevo al cabo de algún tiempo como un astro por el horizonte. No es un astro, sino una hormiga espiritual que ha conducido un granito á su agujero y vuelve por otro. Tal es la historia de muchos de ellos, pero muy especialmente de Honorato Balzac, el novelista observador por excelencia. Con esto no quiero aplaudir la manía de la observación preconcebida y voluntaria que des-

de la irrupción del naturalismo ha cogido á muchos escritores. Sólo me propongo señalar la necesidad imperiosa que sienten casi todos ellos de recogerse á menudo.

Hay una figura literaria en siglos pasados que atrajo siempre mis miradas, hacia la cual vuela con alegría mi pensamiento y mi corazón. Esta figura es la de Francisco Petrarca, el primer literato de su siglo y uno de los más admirables que ha producido la humanidad. Petrarca era un hombre sociable que amó la soledad con pasión de enamorado. Por espacio de cinco años vivió sepultado en ella en el retiro de Vaucluse, y en los últimos de su vida confesaba que jamás había sido más feliz que entonces. La naturaleza no le había castigado, sin embargo, con un genio adusto. Pocos hombres han existido, al decir de sus contemporáneos, de más dulce y ameno trato. Amaba á los hombres, pero amaba aún más á la naturaleza y á los libros. Su pasión por Laura no fué en realidad más que un pretexto para retirarse del mundo, desahogar su vena poética y consagrarse por entero al estudio de los grandes poetas antiguos. Pero su inclinación invencible á la vida solitaria, acerca de la cual escribió un tratado en los últimos años de su vida, no le impedía corresponderse con los espíritus más cultos de su tiempo, recibir á los amigos en su caro retiro, visitarlos alguna vez y socorrerlos siempre con sus consejos y, en no pocas ocasiones, con su dinero. Cristiano fervoroso, no quiso aceptar los puestos de confianza con que algunos pontífices le brindaron. Mas en esto no tuvo parte solamente su amor á la soledad y á las letras. También la tuvo la tristeza que le causaba el espectáculo de la corte de Avignon; la soberbia, la codicia y la sensualidad de los cardenales, contra los cuales truena vigorosamente en algunas de sus epístolas. Como debe suponerse, no son palabras de un escéptico las que se registran en tales cartas, sino que vibra en ellas la indignación del creyente que siente profanadas y escarnecidas las verdades más caras á su alma. «Se desprecia á Dios—exclama hablando de la corte pontificia,—se adora el dinero, se pisotean las leyes divinas y humanas, se escarnece á los hombres de bien.

Judas con sus treinta dineros sería bien recibido; pero el Cristo pobre sería rechazado.» Por fin, aquel hombre justo y amable, aquel espíritu esclarecido que se anticipó un siglo al renacimiento de las letras, facilitándolo con sus descubrimientos, sentado frente á un libro en su biblioteca, quedó dormido para siempre en el seno de Dios. Parece que en su muerte, como en su vida, Petrarca quiso decir al mundo que sólo era un literato. Y realmente no hallo en toda la historia un temperamento más literario ni un hombre que haya sabido acomodar mejor su vida á su temperamento.

Pereda, en su larga y tranquila existencia, demostró también que sólo aspiraba á ser un literato. No le quemaba las entrañas ninguna ambición; no aspiraba á brillar en la política ni en los salones; se placía en la soledad de su quinta de Polanco; gustaba de los libros y de la conversación de algunos amigos escogidos; amaba entrañablemente á su tierra; odiaba aun más cordialmente á Madrid. Paréceme verlo aun, las pocas veces que algún asunto le traía á esta población, con su sombrero reluciente de copa alta, algo pasado de moda por las dilatadas siestas que dormía en la sombrerera, pasear su mirada severa, casi feroz, por las calles y tomarme del brazo para desahogar su cólera bíblica contra la corrupción y la farsa de esta coronada villa. Yo le seguía el humor de buen grado, en parte por el respeto que me merecía, en parte también porque á pesar de mi larga residencia en Madrid nunca he dejado de considerarme como un provinciano. Y ya se sabe, los provincianos nos tenemos siempre por hombres robustos, leales y sencillos mientras diputamos á los madrileños por seres raquíticos, traidores y disimulados en todas sus palabras y acciones. Al cabo de algunos días se restituía el ilustre D. José á su pueblo y yo observaba que iba un poco asombrado de que en este Madrid corrompido y pecador se le admirase y de que estos degenerados cortesanos robasen algún rato á su continua farsa para leer *Sotileza* y *Pedro Sánchez*.

Cumplidos los deberes morales que ningún hombre bajo ningún pretexto puede eludir, y cumplidos de un modo que hacen

su memoria venerable, Pereda vivió exclusivamente para la literatura. Fueron las musas el amor de su fecunda existencia, las despertadoras de su pensamiento y el manantial de sus goces más espirituales. Ellas son también las encargadas de hacer vivir sus obras en la posteridad y de perpetuar su gloria.

III

Supuestas las aptitudes y la vocación literaria en un hombre, no pocas veces se malogran aquéllas por los obstáculos que se oponen á su libre desenvolvimiento. Estos obstáculos, son unos de orden espiritual y proceden del carácter mismo del literato; otros surgen de su condición social ó de las circunstancias exteriores. Entre los primeros el más capital me parece ser el excesivo amor á la gloria. Todos los hombres la aman: es inherente á nuestra flaca naturaleza la tendencia á distinguirnos de los demás y sobrepujarlos, tendencia que un flamante filósofo alemán denomina *voluntad de poder*, y sobre la cual hace girar todo su sistema. Muy pocos son los que logran emanciparse de la férrea cadena con que el egoísmo nos tiene clavados á nuestro ser individual como un prisionero vivo que sujeta á un muerto y se ve necesitado á arrastrarlo consigo y oler su podredumbre. Menos aún los que se libran del azote de la vanidad, que no por disimularse en los pliegues más recónditos del corazón deja de vivir y hacer estragos en la mayoría de ellos. Los literatos con frecuencia se ven libres de las formas más groseras del egoísmo, de la ambición desapoderada, de la codicia sórdida. No es raro hallar entre nosotros hombres retirados, benignos y liberales. En cambio la vanidad, esa otra forma más sutil y delicada del amor de nosotros mismos, nos tiene prendidos en sus mallas casi siempre. Pedid á un amigo literato cualquier servicio personal aunque sea molesto,

y será fácil que os lo otorgue; causadle alguna grave desazón ó un menoscabo en sus intereses, y acaso os perdone; pero decidle un día que ha escrito un verso cojo y, aunque sea el amigo más entrañable que tengáis, os dedicará un odio eterno.

En este sentimiento como en todos existe graduación. Desde el vago deseo de distinguirse hasta la pasión furiosa y desaforada, existe una larga escala. Los poetas de la antigüedad, aunque amantes de la gloria, imagino que no experimentaban con tanta energía este sentimiento como nosotros. Las circunstancias en que su vida se desenvolvía, más dura, más azarosa y sujeta á terribles contingencias, les impedía quizá el dar exagerada importancia á los elogios ó censuras de sus obras. Cuando el hombre no tiene la cabeza segura sobre los hombros ha de pensar forzosamente más en ella que en la suerte de sus versos. Esta misma vida seria, de lucha con obstáculos positivos y no imaginarios, fortificaba su sistema nervioso y endurecía su epidermis moral. Mas ahora la seguridad relativa de la existencia, y los refinamientos que en ella ha introducido el progreso industrial, en vez de fortalecer nuestros nervios los enervan. La anemia, la neurastenia, enfermedades de moda, hacen presa generalmente en las clases más elevadas y más cultas de la sociedad. Por otra parte, los escritores en la antigüedad se entendían directamente con el público, le entregaban buenamente sus obras y recibían sin intermediarios sus aplausos ó sus repulsas. Todo ello ocupaba una parte mínima de la vida: los períodos de calma eran largos: el silencio restañaba las heridas del amor propio. El literato moderno no disfruta de este silencio reparador. La difusión sorprendente de las hojas periódicas y la constancia inalterable de su publicación, mantienen el nombre del literato en perpetua exhibición entregado á la disputa de los hombres, á las alabanzas de los unos y á las mordacidades de los otros. Tal repetición infinita de impresiones agrias y dulces, engendra un estado de agitación insana. Nuestra susceptibilidad se hace cada día más dolorosa, nuestra epidermis más fina. El mundo literario, si bien se examina por dentro, semeja un infierno dan-

tesco, donde los literatos nos asamos á fuego lento en la parrilla de nuestra vanidad.

Tanta agitación, tanto malestar, han de influir perniciosamente en la manera de componer. Cegado por su afán de notoriedad, el literato, actualmente, persigue antes la originalidad que la belleza. Ser original; he aquí su más ardiente ambición, el motivo de sus esfuerzos, la cima de todas sus aspiraciones. Señores, yo no encuentro nada más original en el mundo que tener talento. Pero á los literatos modernos no les basta esta originalidad. Tener talento es poco; precisa que nuestro talento sea radicalmente distinto del talento de los demás. De aquí esa serie de gestos y contorsiones, y hasta cabriolas grotescas, que observamos en bastantes producciones recientes, todo destinado á atraer las miradas y á causar estupefacción y pasmo en los honrados burgueses que las tienen entre manos. En los asuntos, que se buscan por los parajes donde jamás nadie haya husmeado; en las ideas, que son siempre paradógicas, detonantes; en el estilo caprichoso, agitado, retorcido; hasta en el lenguaje que cada escritor inventa para su uso particular, es fuerza, cueste lo que cueste, ser original. ¡Ay!, desgraciadamente, cuesta muy caro. El literato, por tales procedimientos, deja de ser intérprete sereno de la belleza y se convierte en volatinero. La belleza huye de esas obras donde se la trata sin respeto.

Jamás se preocuparon tanto los literatos de la originalidad, y jamás han sido menos originales que á la hora presente. Y es porque la originalidad del escritor no consiste en la calidad de su talento, sino en la cantidad. Voy á presentar un ejemplo que lo hará ver claramente. Shakspeare, desde el punto de vista que ahora hemos elegido para juzgar las obras literarias, ha sido el menos original de los poetas. La crítica tiene hace tiempo averiguado que casi todas sus obras dramáticas son arreglos de alguna obra anterior y ya olvidada ó bien inspirada en las crónicas antiguas ó en las novelas italianas que entonces corrían por el mundo. Y si el asunto no era suyo, tampoco lo era en absoluto el estilo, por lo menos en sus primeros tiempos. No hay más que leer algunos tro-

zos de Lyly, Greene y Marlowe, sus predecesores inmediatos, para convencerse de ello. ¿Por qué sobrepuja á éstos? Únicamente porque supo rayar más alto con los mismos elementos. Sahkspeare, en la intensidad de la visión poética y en la penetración del corazón humano, fué más allá que ningún otro poeta conocido. Esta es su grande y su sola originalidad. Goethe, en sus conversaciones con Ekermann, dice que acontece con Shakspeare lo que con las montañas de la Suiza: si se contemplase aisladamente en una llanura el monte Blanco, el más alto de todos, la impresión que produjese sería de profundo estupor; pero como se le mira al lado de otros montes vecinos también gigantescos, el Eiger, el Rosa, el San Gothardo, esta impresión disminuye notablemente, pues se observa que sólo es un poco más alto que ellos. Del mismo modo, el que comienza á leer á Shakspeare sin conocer á sus predecesores y contemporáneos, queda profundamente maravillado, atónito ante su grandeza; mas si los ha leído de antemano, aunque le cause viva admiración no le deja ya estupefacto. Con este símil feliz queda bien demostrado que el famoso poeta inglés es superior á los demás, no por la calidad de su ingenio, sino por la cantidad.

Figurémonos ahora por un instante que Shakspeare fuese tan puntilloso y susceptible ó que le inspirase tanto pavor como á nosotros el que los críticos le gritasen al día siguiente del estreno de sus dramas que había *robado* (es la palabrita dulce que ahora se suele emplear), que había robado su argumento á tal dramaturgo ó novelista. Pues en este caso no se habrían escrito *Otelo*, ni *Hamlet*, ni *El Mercader de Venecia*, ni otras obras que son hoy gloria del pueblo inglés y hechizo de la humanidad. Obligado á buscar argumentos originales á toda costa, hubiera agotado sus fuerzas sin hallarlos. Un hombre puede tropezar en el curso de sus experiencias con uno, dos ó tres motivos interesantes; pero es casi imposible que encuentre treinta ó cuarenta. Lo mismo puede decirse de Molière, que como él mismo confesaba no sentía escrúpulos al «tomar su bien donde lo hallaba.» En cuanto á los grandes

poetas de la antigüedad helénica, nadie ignora que los asuntos de sus tragedias eran siempre los mismos, y que no han hecho más que meter las manos en el acervo de los poemas homéricos.

Estas observaciones me han hecho imaginar alguna vez que si los modernos pensásemos menos en nuestra fama y un poco más en la belleza y en el bien de nuestros semejantes, no vacilaríamos en seguir el ejemplo de los grandes poetas que he mencionado. Un escritor adocenado tiene la fortuna de hallar en la vida un argumento interesante de drama ó de novela; pero es incapaz de darle forma adecuada y artística. Otro dramaturgo ó novelista superior á él se apodera de aquella obra arrastrada, la levanta del suelo y la infunde el soplo de su inspiración. En este caso la obra anterior, fea y desmayada, se hundiría en el olvido y, en su lugar, tendríamos otra bella é interesante. ¿Por qué no se hace esto ya? Por el cuidado excesivo que nos inspira nuestra reputación literaria. ¿Y quién sale perdiendo en ello? El arte y el público. Deduzco de todo esto que la llamada originalidad en el arte es una cualidad tan secundaria que apenas existe una obra verdaderamente grande que pueda llamarse original. Los temas interesantes en las obras literarias son escasos y no suele aparecer ninguna formada de una vez y por el esfuerzo de un solo hombre. Si al esfuerzo de uno ó varios ingenios más débiles se añade el de otro realmente poderoso, entonces es cuando surge la obra con grandeza divina y con belleza inmortal.

Pereda no ha sentido jamás la resquemante preocupación de la originalidad. No quiero decir que fuese insensible á la gloria; pero la amaba dulcemente, no con pasión loca. Aunque la hubiese amado así, como la amaba el Tasso, sentía demasiado respeto hacia su arte para sacrificarlo á ella. No quiso romper ningún molde. Se vistió el traje ya usado de los grandes artistas y el público lo reconoció en seguida y le rindió su aplauso. Hay en el fondo de todo escritor que apetece con ansia la originalidad un tácito reconocimiento de impotencia. Si estuviese seguro de hacerse notar empuñando las viejas herramientas del oficio, no iría á bus-

car al extranjero máquinas complicadas. Pereda escribió como escribieron nuestros clásicos novelistas Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Cervantes, Espinel, Quevedo y Vélez de Guevara, y no es otra cosa que su continuador. Observó como ellos lo que en torno suyo veía y lo vació en el mismo molde, usando casi su mismo lenguaje. Acaso en este punto haya ido demasiado lejos. Yo nunca he dudado de que el idioma es una obra de arte, el resultado del esfuerzo de cien generaciones y de muchos millones de hombres, esfuerzo inconsciente como lo es generalmente la obra del artista. Por eso los idiomas, hijos de la inspiración, no de la reflexión, nos dejan profundamente maravillados. ¿Cómo es posible, nos preguntamos, que un pueblo de pastores haya elaborado aquel idioma divino que se llama el Sánscrito, cuya belleza es el asombro de todos los filólogos?

Si es una obra de arte, debe respetarse; convenido. Vosotros aquí estáis diputados por la patria para hacerlo respetar. ¿Pero este respeto ha de llegar á la petrificación? En este caso, ¿qué momento elegir para detener la evolución de un idioma? Cada generación pensaría que el suyo es el más propicio. Por otra parte, esto no pasa de ser un sueño. Todas las academias, todos los rescriptos de príncipe, los esfuerzos aunados de todos los escritores, serán completamente estériles para detener la mano del gran artífice que se llama pueblo. Él es quien toca y retoca sin cesar su obra, porque es quien la ha creado. Vuestra tarea no es, pues, una tarea de artistas, sino de críticos. Señalar al artista los cánones del buen gusto, donde acierta, donde se despeña, esto es, cuáles son las locuciones bellas y expresivas del idioma que debe conservar, cuáles los giros ó las palabras inútiles y desgraciadas que no debe admitir: á esto se reduce, en suma, el cometido de la Academia de la Lengua. No es tal la opinión que de ella ha formado el vulgo. Se supone que los académicos son los dictadores del lenguaje. Recuerdo que cuando fuí elegido para ocupar un asiento en ella, me felicitó una señora diciéndome que ya sabía por su marido que desde ahora podía quitar ó poner en el diccionario cuantas pala-

bras se me antojase. Yo le respondí, naturalmente, que no era exacto; pero aunque lo fuese, no me parecía el colmo de la felicidad andar con el bulto al diccionario y que pensaba beatificarme de otro modo.

El pueblo es, pues, quien impone sin apelación las modificaciones del lenguaje. Establecer una diferencia tan marcada entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito, como algunos escritores pretenden, me parece extravío. Cuando cae en mis manos un libro ó artículo de periódico escrito en ese lenguaje arcaico donde se advierte la imitación cachazuda de los giros y locuciones de nuestros clásicos, me apetece preguntar al autor, como el marqués de Villena al salir de la redoma en cierta comedia de magia: «¿En qué fabla me fablades?» Porque, en efecto, ni mis padres, ni mis maestros, ni mis amigos me han hablado nunca en esa forma. Los escritores españoles del siglo XVI, época en que nuestro idioma llegó al apogeo de su majestuosa hermosura, escribían acercándose todo lo posible al habla del pueblo, y cuanto más se acercaban, como Santa Teresa, tanto más eran bellos y sabrosos sus escritos.

Pereda no fué de estos imitadores serviles que vistiendo sus míseros maniquíes con las galas de los clásicos los juzgan ya adorados de las generaciones futuras. Por afinidad de temperamento más aún quizá que por haberse nutrido de ellos, Pereda escribía como nuestros literatos del siglo XVII. No quiero ser hipócrita ni aun en estos momentos en que le rindo público testimonio de admiración, y por eso diré que su lenguaje no me ha satisfecho siempre. Si no es esclavo de la imitación, por lo menos lo ha sido algunas veces de su excesivo entusiasmo por algunos de nuestros gloriosos escritores del pasado. Cuando nuestro novelista recobraba por entero su libertad era en el diálogo. Por eso sus diálogos son inimitables, perfectos. En general, los escritores solemos acertar mejor en aquello que nos cuesta menos trabajo. Y es porque lo mejor del artista es lo inconsciente. Los diálogos populares de Pereda brotan de su pluma flúidos y diáfanos como el agua de

las montañas; no se advierte como en otras partes el esfuerzo de la preparación.

Después de la originalidad no hay otro vicio, otra comezón literaria más funesta, que la de la fecundidad. Si no podemos ser originales, seamos fecundos, nos decimos. Si no logramos deslumbrar al público con lo inaudito de nuestra inspiración, espantémosle al menos con su volumen. Y nuestra pluma transformada en máquina, emborrona cuartillas y las arroja á la publicidad sin punto de reposo; porque ya para los poetas no existe ni el reposo dominical. Todos recordaréis aquel famoso cuento del brujo que con palabras mágicas hacía que su escoba le trajese del río el agua de que había menester. Un indiscreto sorprendió el conjuro y puso la escoba en movimiento. Comenzó ésta á acarrear cántaros de agua con tanta prisa, que al poco tiempo ya no había en la casa recipientes para contenerla. Y como el cuitado ignoraba las palabras necesarias para inmovilizar á su sirviente, hubiera perecido ahogado sin la oportuna llegada del brujo. De igual manera nuestra pluma puesta en movimiento algunas veces no quiere cesar de escribir y el número de nuestras obras concluye por ocultarnos á la vista del público si no nos asfixia.

Lo que nos impulsa á escribir tan copiosa y desaforadamente en la actualidad, es, en parte, el deseo ó la necesidad de la ganancia (de esto hablaré más adelante); pero en parte mayor aún la vanidad, el anhelo del aplauso ó el temor de perderlo. Los escritores nos acostumbramos prontamente á las palmas del público y á los adjetivos arrulladores de la prensa. Si fatigados ó tal vez penetrados de que nuestra inspiración nos abandona pensamos en retirarnos, la soledad nos aterra, el silencio de los periódicos nos irrita y nos arrojamos de nuevo furiosamente á la publicidad. Las consecuencias de estas recaídas no pueden ser más deplorables.

Ha venido á exacerbar esta nuestra ingénita vanidad, un concepto que debiera ser extraño á los dominios de la literatura, el concepto de fuerza. La fuerza es nuestra divinidad actual. Un escritor ya no se contenta con ser delicado, ameno, ingenioso, elo-

cuente, profundo, inspirado, elegante. Quiere ser, ante todo, vigoroso. Es el adjetivo que más le seduce, porque es el adjetivo á la moda. En otros tiempos, en los de Juan Jacobo Rousseau y su escuela, la cualidad predominante del literato y la meta de todos sus esfuerzos, era la sensibilidad. En las obras literarias de aquel tiempo, y aun bastante después, los personajes principales hacen gala de una sensibilidad tan exquisita, derraman por los sucesos más insignificantes tal raudal de lágrimas, que no puede uno menos de asombrarse de que sus glándulas lacrimales pudieran segregar semejante cantidad de líquido. Como ocurre siempre, esta manía no se mantuvo en la esfera de la literatura; pasó también á las costumbres. La viveza y ternura de los sentimientos eran entonces las partes más apreciadas en hombres y mujeres; la facultad de llorar fácilmente la mejor carta comendaticia. Recuerdo haber leído una de aquella época en que, recomendando á un sujeto para cierto empleo en la Administración pública, se decía: «El señor X. es un hombre inteligente y sensible.» Tiempo ha que dejó de soplar este viento. A la hora presente el escritor, para recomendarse al público y á la crítica, ya no enseña los ojos enrojecidos por el llanto, sino los puños. Verdad que la mayoría de las veces no son los puños macizos del atleta, sino las manos crispadas del epiléptico; pero si el público cándido y los aún más cándidos críticos se engañan, el resultado inmediato es el mismo. Para el pseudo-vigoroso escritor, los aplausos, los homenajes, el dinero. Mas ¡ay!, el resultado final es bien distinto. A los pocos años, cuando se representa una obra del literato hercúleo en el teatro, el público se queda en casa al amor de la lumbre, y cuando se expone alguno de sus libros en los escaparates, el aficionado sonríe y pasa de largo.

La fuerza en el arte consiste en mantenerse mucho tiempo de pie. Gigantes, que dan con su cuerpo en tierra á los pocos años, son gigantes de barro. En la literatura no basta toser fuerte para demostrar aliento; es necesario correr mucho tiempo y al través de varias generaciones. El dulce Garcilaso, con sus églogas; el sencillo Fray Luis de León, con sus odas suaves, deliciosas; el alegre

Tirso, con sus comedias, llegando hasta nosotros, han probado sus arrestos. Otros, de complexión más recia en apariencia, se han quedado en el camino. La fecundidad en las letras no consiste en el número de libros que se escriban, sino en que estos libros fecunden el espíritu humano y lo embellezcan. El escritor más fecundo que tenemos en España no es Lope de Vega, sino Cervantes. Si aquel ingenio singular hubiera sabido concentrar sus facultades maravillosas en una docena de obras dramáticas, éstas pudieran colocarse quizá al lado de *Hamlet*, *El Mercader de Venecia* y *El Rey Lear*, y entonces tales obras seguirían cruzando el mundo y dejando brillante estela de luz como el *Quijote*, en vez de dormir intactas en los estantes de las bibliotecas.

Persuádanse los escritores de que el ingenio es una esencia preciosa que el cielo concede sólo á gotas. Si la disuelven en mucho alcohol resultará un agua de tocador ligeramente olorosa; mas si tienen el buen acuerdo de verterla en pequeño vaso, obtendrán un perfume exquisito y duradero. Persuádanse, asimismo, de que el escribir mucho no es tarea de gigantes solamente. Cualquier enano laborioso puede hacer otro tanto. El filósofo Schopenhauer decía que él había escrito poco porque sólo tomaba la pluma cuando tenía algo que decir. No seguimos actualmente tan sensato proceder. Nos sentamos á la mesa de trabajo como un covachuelista delante de su pupitre, é invocamos á las musas todos los días laborables, entre ocho y media y nueve de la mañana, para dejarlas en paz cuando nos llaman á almorzar. Desgraciadamente, las nueve hermanas odian el régimen de oficina, y la mayor parte de los días no acuden á la cita. Prefieren, sin duda, quedarse en los bosques del Parnaso pasando el tiempo en dulces cánticos y en sabrosas pláticas.

No hace muchos años leía yo un artículo del famoso novelista francés Emilio Zola, en que éste se burlaba de Alfredo de Musset por la manera irregular y extravagante que tenía de componer sus poesías. En efecto, el gran poeta, según cuenta su hermano Pablo, sólo acertaba á escribir cuando se sentía inquieto, preocupado,

presa de alguna emoción ó de un pensamiento avasallador. Entonces, al llegar de la calle, solía encerrarse en su gabinete, y encendía todas las luces y no salía de allí hasta que tenía escrito ó bosquejado su poema. Pues leyendo las censuras y las burlas de Zola, me convencí de que Musset estaba en lo cierto. Para todas las verdades, lo mismo del orden físico que del orden moral, no hay en este mundo más piedra de toque que la experiencia. Ésta nos dice que las obras del poeta de las *Noches* cuentan más de setenta años de existencia, y viven frescas y esparcen aún y esparcirán por mucho tiempo su aroma embriagador entre los hombres, mientras las de su censor son de ayer y yacen ya sepultadas en el olvido.

En realidad, todas nuestras obras debieran ser de circunstancias. Causará asombro tal afirmación, porque involuntariamente volará el pensamiento á aquellos poetas de Corte que escribían bajo la inspiración de las exequias de un rey, el parto de una princesa ó el regreso del campo de un ministro. No me refiero á estas circunstancias, sino á aquellas otras de orden íntimo y que de algún modo nos afectan en el curso de la existencia, esto es el espectáculo que nos impresiona, la aventura que nos preocupa, la desgracia que nos aflige, el temor que nos sobresalta; en una palabra, la vida misma pasando como un río al través de la red de nuestra sensibilidad. Sólo las obras vividas llevan el sello de la originalidad que las hace inmortales. Son producto de la intuición, no de la reflexión, y participan de la belleza y de la eternidad del Universo. Porque no se puede afirmar con certidumbre que la poesía existe, sino que existen los poetas, esto es, seres humanos cuyo espíritu se embellece al contacto de la realidad. Toda nuestra obra literaria debe ser en este sentido una vasta y magnífica confesión. Se nos permite, no obstante, que confesemos de vez en cuando, como hacen algunas beatas, los pecados de los demás. Escribir mucho sin apoderarnos de obras anteriores para infundirlas nueva vida como hacían los antiguos, es ocasionado á caer de bruces en lo trivial y en lo insípido. Pintar espectáculos que no

hemos visto, introducirnos en relaciones que nunca hemos anudado ó describir sentimientos que no hemos experimentado, dar vida, en una palabra, á lo que no hemos vivido, es tarea que nunca podremos llevar á cabo con felicidad.

IV

Pero si escribimos poco, ¿cómo subvenir á las necesidades de la vida corporal?— me preguntarán mis queridos compañeros. Esta es, en efecto, una dificultad que á primera vista parece insuperable. La competencia abrumadora que se advierte en la república de las letras y la insaciable voracidad del público obligan actualmente á los literatos á no soltar la pluma de la mano. El plectro se ha convertido en herramienta. Los siervos de la cuartilla son tan dignos de compasión como eran los de la gleba. ¿Necesitaremos decir á los literatos lo que Schopenhauer aconsejaba á los filósofos: «Si no sois ricos no escribáis?» Sería tan cruel como ridículo. ¿Era rico Cervantes? ¿Lo fueron Camöens, y Goldsmith y Rousseau? Por casualidad se tropieza en la Historia de la literatura con un poeta que haya vivido en la opulencia. Mas el poeta, como la cigarra, necesita poco para subsistir. No le déis alcázares, ni suntuosos trenes, ni le hagáis seguir de un cortejo de parásitos, porque todas estas bellas cosas se las finge él mucho más bellas en el alcázar de su imaginación. Dadle un poco de pan, y dejadle cantar; dejadle cantar hasta morir cantando como el ruiseñor de la selva. Si otra cosa pide, no le creáis. Son caprichos de niño que una vez satisfechos le harán más daño que provecho. No quiero suponer con esto que, oprimidos por la necesidad, los poetas escriban mejor. Lo único que me atrevo á afirmar es que la opulencia no presta socorro al genio, antes al contrario, excitando en quien

lo encarna la sensualidad, suele distraerlo de su sagrado destino en este mundo. El poeta rico, solicitado por los placeres ó por los recreos frívolos, desvía con frecuencia su mirada de aquel mundo interno, fantástico y maravilloso, donde hallará verdadera alegría y se la dará á los demás. Mimado por la fortuna se corromperá fácilmente pidiendo al mundo la dicha que sólo su inspiración puede darle. Ejemplos: Byron en Inglaterra, Musset en Francia, Espronceda en España.

El literato no necesita de la riqueza. Si otra cosa imagina, vive engañado y la experiencia se encargará de sacarle de su error. Pero sí le hace falta el sosiego que facilita un pasar modesto y seguro. ¿Cómo proporcionárselo? En otros tiempos en que las letras no producían dinero nadie acudía á ellas para procurarse el sustento. Los poetas, como los filósofos, ejercían indistintamente cualquier profesión, unas veces liberal, otras manual y sólo en aquellos instantes que solían llamar *horas de ocio*, vertían sobre el papel las ideas que flotaban en su espíritu. Seguro estoy de que aquellos poetas, obligados á trabajar en materias tan lejanas de su inspiración, maldecirían de su estrella y pensarían que si pudiesen consagrar todas las horas del día al trato con las musas, éstas les serían más propicias. Juzgo que estaban en un error. Las musas son mujeres y no gustan de los galanes pesados y fastidiosos. Es preferible que el poeta gane el pan con el sudor de su frente durante el día, y en la noche solitaria acuda medroso, con el corazón palpitante como un verdadero enamorado, á los bosques del Parnaso. Si Cervantes hubiese vivido á la sombra de una suntuosa morada en vez de sufrir los rigores del sol por los campos de la Mancha, no por eso habría escrito una obra superior al *Quijote*. Si Espinosa no puliese cristales para sostenerse, no sería más admirable su famosa *Ética*.

Y aquí he de advertir que cuanto más apartada de las letras sea la profesión del escritor, más compatible la juzgo con el cultivo de ellas. La Fisiología nos asegura que cada orden de emociones ó pensamientos hace vibrar determinadas fibras en nuestro cerebro. El trabajo continuo las enerva. Por eso es conveniente y hasta indis-

pensable hacer vibrar otras distintas y dejarlas en reposo para conservarlas fuertes y aparejadas al ejercicio. Las cuerdas poéticas en nuestra alma son las más delicadas, y si se tañen largo tiempo se aflojan ó se rompen. He llegado á pensar que al literato convendría mejor una profesión manual, lo que vulgarmente se llama oficio, si no es demasiado fatigante, que una intelectual. Aunque de orden distinto, todo ejercicio intelectual daña sin remedio ó turba el reposo de aquellas fuerzas psíquicas que necesitamos conservar íntegras y frescas para producir la obra poética. Desde este punto de vista, el ejercicio de la Abogacía ó el de la Medicina y de otras artes, me parece más nocivo á la inspiración poética que lo sería el oficio de platero ó de copiante de música. Moratín y Rousseau los han ejercido, respectivamente. Aún más, estoy persuadido de que todo hombre, si quiere mantenerse en equilibrio, esto es, si quiere conservar su salud espiritual, debiera alternar el trabajo físico con el intelectual. Esto se ha comprendido al cabo, y de ahí las incesantes invitaciones á la gimnasia y á los juegos corporales que hoy se denominan, á la inglesa, *sports*. Pero la gimnasia no puede satisfacer completamente á la necesidad de salud íntegra, esto es, de salud corporal y espiritual al mismo tiempo, porque lleva en sí un germen de inmoralidad; sólo es útil al ser que la ejecuta. Cuando alzamos un peso repetidas veces ó tiramos de la polea elástica para endurecer los músculos, nuestro esfuerzo no es trascendental sino egoísta; no puede dejarnos, por tanto, la misma tranquilidad y alegría que si lo empleásemos en la construcción de un objeto útil para nuestros semejantes. El conjunto de ejercicios físicos denominado *sport*, no siempre está al alcance del literato. Ni los caballos, ni los velocípedos, ni los floretes, ni los enseres de ciertos juegos á la moda son gratuitos. Además, los tales ejercicios á menudo producen embriaguez y orgullo bestial que embotan las facultades psíquicas. Por eso me he atrevido á afirmar que una profesión manual que nos consintiese algunos ocios sería más saludable al escritor que todos los demás ejercicios y, desde luego, más útil también.

¿Cómo—se me dirá—pretende usted confundir al literato con el bracero? ¿Quiere usted borrar la división entre el obrero corporal y el intelectual? Sí—respondo con toda franqueza,—quiero borrar esa funesta división. El género humano no logrará paz y alegría mientras no la borre. Hoy tratamos de engañar al pueblo trabajador apellidándonos obreros intelectuales, y esperamos con esto limar las uñas y los dientes á la fiera. Pero la fiera no se deja engañar. Comprende, instintivamente, que aunque el trabajo intelectual sea tan duro como el suyo, constituye un privilegio. Las madres no paren hombres con brazos solamente, ni hombres solamente con cerebro. Todos venimos al mundo dotados de unos y otro. Por lo mismo todos tenemos derecho á usar de ellos, á desenvolvernos íntegramente y á procurarnos la satisfacción que proporciona á un ser el desarrollo completo de sus órganos. ¿El cultivo simultáneo de estos órganos es causa de daño para ellos? ¿El trabajo manual es una traba para el desenvolvimiento del espíritu? Responda por nosotros el mismo Hijo de Dios, que al hacerse hombre recibió la forma de un humilde bracero y soltó las herramientas de su oficio para llevar á término su divina tarea espiritual. Responda después Sócrates, el más grande de los filósofos antiguos, que las soltó también para reformar la inteligencia de sus compatriotas. Responda Espinosa, el más sublime de los filósofos modernos, que ganó siempre su vida con el trabajo de sus manos. Es un error profundo el suponer que alternando el trabajo corporal con el espiritual seremos menos espirituales. Como lo seremos y aun llegaremos á aniquilar nuestras facultades psíquicas, es cultivando éstas exclusivamente. Yo veo en la tensión continua á que las sometemos la causa de nuestra decadencia actual. El talento se vulgariza, el talento decae. Es cierto que la cultura se difunde, es cierto que el nivel intelectual de la masa sube, pero los hombres verdaderamente grandes escasean cada vez más. Y, observadlo, señores, estos hombres grandes rara vez proceden de una raza de intelectuales; lo más común es que ellos ó sus progenitores inmediatos hayan nacido

en la clase obrera. Yo presiento que la sociedad se convencerá más tarde ó más temprano de esta verdad, que no es nueva, sino muy antigua; la dignidad del trabajo manual y su absoluta necesidad para regenerarnos. Recordad, señores, que los sacerdotes y los obispos en los primeros tiempos del Cristianismo, no se desdeñaban de ejercer un oficio manual y no eran por eso menos santos ni menos sabios que los actuales. Llegará un día en que volverá á fructificar esta noble verdad cristiana, y en ese día no habrá sobre la tierra dos castas que se contemplen con temor y odio, la de los intelectuales y la de los braceros. Todos acercaremos nuestras manos á la madre tierra para pedirle el pan de cada día; todos levantaremos nuestra cabeza al Cielo para pedirle la luz que ilumine nuestras almas.

Mientras tanto, y ya que las costumbres actuales no consienten que un literato gane lo suficiente para vivir con el trabajo de sus manos, que procure ganarlo en una profesión donde no se fatigue demasiado su cerebro. Que jamás pida su pan á las musas. El dinero es el tósigo que ha envenenado nuestra literatura actual. No concibo á un poeta recibiendo el salario de sus sueños. Ved los autores atacados de la fiebre de oro á cada instante cambiar de dirección y de estilo, rastreando como miserables sabuesos las huellas de los que han ganado más dinero, consultando sin cesar á los libreros y á los empresarios de teatros, atentos á los gestos del público y á sus caprichos como viles cortesanos. Al cabo la inspiración huye de ellos. El público, harto de estos abatidos y empalagosos aduladores, los rechaza como Luis XIV despidió un día á aquel cortesano imbécil, que le decía que la lluvia de Marly no mojaba. En el arte como en la religión no se puede servir á dos amos al mismo tiempo. Y aplicando todavía las palabras del Evangelio podremos decir: Que el literato se preocupe exclusivamente de escribir bien; lo demás (esto es, el dinero y la gloria), se le dará por añadidura.

En el pasado siglo, desde el advenimiento del sistema constitucional, ha sido frecuente que los literatos se mezclasen á la polí-

tica y gracias á ella medrasen y ocupasen los puestos más elevados y lucrativos de la nación. ¿Qué pensaremos de ello? Señores, la política admite á todos los holgazanes; bien puede admitir á los poetas. Si son elegidos diputados, senadores, consejeros y ministros hombres sin virtud, sin talento y sin instrucción, no hay razón alguna para que se le veden estos cargos al literato. Así como es posible ser un gran poeta, y administrar perfectamente su patrimonio y tener en orden su casa, lo mismo se puede administrar el Tesoro público y contribuir á mantener en orden al país. Porque, en suma, á esto se reduce la política. No tiene más secreto. Si lo tuviese, no hubiéramos visto al frente de ella á ciertos hombres que no guardaban otro que el de su nulidad. Aparte de algunas funciones técnicas, reservadas casi siempre á empleados subalternos, la política exige ante todo virtudes cívicas y buen sentido. Algunas veces, en circunstancias difíciles, también inspiración para imprimirla nuevo y adecuado rumbo. Estas cualidades las puede poseer lo mismo un literato, que un ingeniero, un abogado ó un médico. La historia contemporánea nos demuestra que el conde de Toreno, Martínez de la Rosa, el marqués de Pidal, Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Cánovas del Castillo y Ayala, no lo han hecho peor que los demás ministros que en España han sido

Pero si la política nada pierde con la intromisión de los literatos en ella, ¿se puede decir lo mismo de éstos? ¿Conviene al escritor navegar por sus mares procelosos? Debemos distinguir.S i la política fuese lo que debe ser, una tarea inherente á la ciudadanía, la obligación que todos tenemos de contribuir con nuestras luces á la resolución de los problemas que interesan á la comunidad, desde luego no le es dado al literato eximirse de ella. Aceptará este deber del ciudadano como acepta el de padre de familia y lo cumplirá con lealtad y diligencia. Pero esto semeja una utopía en la actualidad. La política hace tiempo que se ha convertido en profesión y casi casi en feudo hereditario. Esto supuesto, al literato no le conviene profesar en la orden de los políticos, al menos siendo joven y hallándose en la plenitud de sus facultades. La lu-

cha rabiosa, desesperada, que la competencia engendra, la zozobra que arrastra consigo, no son circunstancias favorables á la inspiración del poeta ni al trabajo del erudito. Hace años me confesaba un literato amigo mío que había contraído una enfermedad en los días en que se resolvía si había de ocupar ó no un alto puesto en la política. ¡Cómo podían llamar las musas á la puerta de aquel infeliz escritor atormentado y convulso! Uno de los hombres que más honor han hecho á su país y á esta casa, el esclarecido poeta D. Adelardo López de Ayala, abandonando joven las letras por la política, ha inferido á su gloria y nos ha inferido á todos un daño considerable. Aunque rechazo, como ya se ha visto, la fecundidad exagerada, no es posible dudar de que Ayala consagrando su edad viril á las letras hubiera producido más obras y de más aliento. Mas si el poeta llega á viejo y quiere consagrar los últimos años de su vida á la política, como muchos de nuestros poetas de los siglos XVII y XVIII se consagraban á Dios ordenándose *in sacris*, bien puede hacerlo. Cuando ya no se sirve para el arte, acaso se sirva para la política.

Sin embargo, no puedo menos de pensar que el final de aquellos varones era más envidiable que lo es generalmente el nuestro. Frecuentar el templo me parece más bello que frecuentar el Salón de conferencias del Congreso. Cuando el poeta, después de asistir al combate de las pasiones humanas y de haber cantado las batallas grandes y pequeñas de la vida, suelta la pluma y cierra los ojos del cuerpo, fatigado ya del espectáculo, se abren los de su alma. Entonces ve con perfecta claridad que todo ha sido un sueño, que el mundo es el símbolo de una realidad más alta y que cuando esta realidad se mezcla á la apariencia es cuando resulta bello. Entonces desprecia esta apariencia y quiere á toda costa la realidad. Sujeto por las cadenas de que habla Platón, mirando todavía al fondo de la gruta por donde pasan las sombras, hace esfuerzos por romper sus ligaduras y volver el rostro hacia los seres reales. Un anciano en medio de la batalla es bien digno de compasión. Por eso cuando veo á alguno empeñado en la lucha de las vanidades

humanas, disputando palmo á palmo á sus rivales honores y coronas, me entran deseos de gritarle: «¡Amigo mío, hermano mío, tente! Repara que á dos pasos de ti está el abismo insondable donde vas á caer; vuelve los ojos á la luz que ha iluminado tu alma en las horas de inspiración, á la fuente de donde han brotado tus obras bellas. No te la cierres neciamente. Procura que en tus últimos días una gota de esa agua caiga en tu boca sedienta, que un rayo de sol venga á herir todavía tu cabeza encanecida. El rayo de la bondad unido al de la inspiración formarán en torno de tu frente un nimbo más hermoso que esos laureles que con tal ansia apeteces.»

V

¡Los laureles! He aquí, en definitiva, el motivo externo que impulsa al literato á escribir. Digo externo, porque hay otro más interior que es el que nace de las profundas aspiraciones de su alma. El hombre rara vez obra impulsado por uno solo. Ni el poeta, ni el filósofo, ni el sabio anhelan otra recompensa superior á la fama ni hallan nada más dulce que la admiración y el aplauso de los hombres. Si alguno coloca el dinero por encima de estas cosas bien puede afirmarse que ha errado la vocación. Ha nacido con alma de mercader y debe ser arrojado del templo de Apolo á latigazos. Pero hay literatos que aunque en su fuero interno amen la gloria por encima de todos los bienes de este mundo, afectan escribir por el dinero. Estos son los que más la aman todavía. Quieren adquirir la gloria de ser grandes escritores y al mismo tiempo la de no sentir vanidad alguna por ello. Entienden, y no les falta razón, que la vanidad es un vicio más ridículo que la avaricia.

¿Pero la gloria merece este amor apasionado y anhelante que el literato y en general todo artista la profesa? La observación me ha demostrado que es uno de tantos lazos como el egoísmo nos tiende para hacernos infelices. La gloria no es de este mundo, y tal nombre sublime aplicado al aplauso fugaz y á la admiración inconsistente de la muchedumbre es una verdadera profanación. Santa Catalina de Génova opinaba que al amor propio debiera llamársele el odio propio, porque es el que nos priva de la única y verda-

dera felicidad. Con idéntica razón puede llamarse á la gloria el infierno, porque nos quema á fuego lento toda la vida.

No conozco seres más desdichados que los enamorados de la gloria. La más bella y la más coqueta entre las mujeres no causa estragos más profundos en nuestro corazón. Ved á esos hombres que la persiguen con rabioso afán, que la sacrifican todo su tiempo, que inmolan en su altar no sólo las alegrías de la juventud y las satisfacciones de la edad madura, sino también su propio orgullo; vedlos luchar en todos los momentos, sin reposar jamás, cortejando á los críticos, adulando á los periodistas, soportando á su lado un enjambre de necios, pidiendo por misericordia un aplauso como pide el hambriento un pedazo de pan. Al fin se le concede este aplauso, se le llama hombre sublime en las hojas periódicas. ¿Encontrará al fin reposo? No lo creáis; entonces es cuando empiezan las zozobras. La envidia roedora le persigue; vive en perpetua inquietud y sobresalto. Una alusión embozada le pone nervioso, un alfilerazo le hace rugir de cólera; se imagina hallar enemigos en todas partes y defiende aquella pobre reputación adquirida con el mismo furor que una madre defendería al hijo que tiene en los brazos. ¡Oh, cuánto disgusto le ocasiona esta fantástica hija de su vanidad! Como se encuentra solo para defenderla, suele buscar apoyo en una sociedad de ignorantes aduladores. No lo compra barato. Aquellos tontos se le cuelgan al cuello y no le dejan respirar; es necesario tener abiertas para ellos las puertas de su casa y soportar su conversación insulsa; le imponen sus gustos ridículos y le contaminan de su pequeñez. Cuentan de Byron, á quien la hostilidad general obligó á buscar auxilio y calor en una camarilla, que en cierta ocasión leyó ante ella una magnífica poesía sobre la muerte del general Moore. Aquellos devotos cuanto majaderos amigos no apreciaron su mérito y guardaron un silencio descortés. El famoso poeta, en vez de enviarlos á paseo y cerrarles su puerta para siempre, bajó humildemente la cabeza y guardó su manuscrito. A tales paradógicas humillaciones de nuestro orgullo nos obliga nuestro orgullo mismo.

A esta mal llamada gloria opongo la dulce satisfacción del cumplimiento de su destino en el mundo, de haber creado ó, por mejor decir, recreado algo bello y procurado á los hombres algunos instantes de gozo espiritual. Si los hombres se muestran agradecidos y nos aplauden, tanto mejor. Recibamos sus aplausos con alegría, pero no les otorguemos exagerado valor. No perdamos de vista que lo mejor que ha aparecido sobre la tierra no ha recibido los aplausos de los hombres. Si se nos muestran indiferentes ó desdeñosos, tampoco nos desazonemos; no adoptemos por ello la actitud trágica de genios ignorados. Consideremos que es muy fácil que no seamos genios y que acaso valga más para nuestra dicha terrenal que no lo seamos, pues quienes lo han sido no la gozaron grande en este mundo. Vivir para la gloria, en resumen, es vivir para la vanidad. Vivir para lo bello es vivir para lo eterno en su manifestación más esplendorosa.

Repito que no entra en mi ánimo el desprecio del aplauso y la reputación. Son símbolos bellos también del embellecimiento que hemos logrado producir en el alma de nuestros semejantes. Cuando sentimos sobre nosotros su mirada benévola, cuando llega á nuestros oídos el rumor de su aprobación, percibimos claramente la unidad esencial de nuestros seres. El latido de mi corazón se ha propagado al tuyo, porque el tuyo y el mío no son más que un mismo corazón. Habla el Alma Divina. Escuchémosla con las rodillas dobladas y bendigámosla. Sí, bendigamos los aplausos de los hombres que nos revelan el secreto de nuestro destino y nos trasmiten algunas gotas del amor inmortal. Pero no esperemos saciarnos con ellas. Para gozar la verdadera dicha, todo hombre necesita salir de sí mismo, romper momentáneamente el círculo fatal de su destino terrestre, surgir de la niebla y lanzarse al aire transparente. Ningún poeta es feliz sino en los instantes en que la inspiración baja sobre su cabeza como una lengua de fuego para hacerle hablar. En tales instantes, penetra como un buzo en las profundidades del alma y muestra sus tesoros, se remonta por el espacio azul y arranca los secretos de la luz.

«¡Yo sé por qué vuela tan alto el condor!»

cantaba el gran Zorrilla. El vulgo reía, pero el poeta decía la verdad. Estos instantes dejan en su espíritu una suave emoción semejante á la que experimentan los santos después de sus visiones celestiales El poeta también es santo entonces, porque también platica con la Divinidad Si guarda esta emoción respetuosamente como aquéllos, esparcirá por toda su vida una suave, exquisita dulzura que le consolará en sus miserias. Por lo bello se elevará á lo verdadero y á lo bueno, subirá y bajará gozosamente por esta escala mística como los ángeles de Jacob. Si la malversa, entregándose á fútiles pensamientos de vanidad y de envidia, es responsable ante Dios y ante los hombres de su degradación. Apolo se vengará de él, desollándole vivo como al sátiro Marsias.

¡La verdad, el bien, la belleza! Corren días bien amargos para los que creemos en esta santa trinidad. El poeta se burla del sacerdote; el sacerdote se aleja con recelo del poeta; el sabio desprecia á los dos. ¿Será que el Alma Divina se haya fraccionado como los organismos unicelulares y que una célula no conozca ya á la otra? No; es que esta Alma Divina se ha refugiado ahora en lo más profundo de nuestro ser y espera que la llamemos para acercarse á la superficie. Es que sopla un viento de locura y escepticismo sobre los cerebros, el viento periódico de todas las épocas de transición. Tal pasó en Grecia, tal pasó en Roma. Hay momentos de fatiga y desfallecimiento para el espíritu que viaja en este mundo, momentos en que no quiere seguir adelante, y se deja caer por tierra, y cierra los ojos, y no pocas veces se revuelca en el polvo, desesperado.

«¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?»

preguntaba nuestro Becquer en uno de estos instantes de cansancio. Pero mientras los demás hombres esperan cobardes la muerte para que les libre de tal congoja, sólo el poeta se alza una y otra vez, sacudiendo sus alas, radiante de fe y entusiasmo. —«¡Arriba,

arriba, hijo mío predilecto! —No; tú no has nacido para el polvo sino para la Eternidad.» Y cuando le ven partir y remontarse por el firmamento azul, los incrédulos, los desfallecidos de este mundo le tienden sus brazos suplicantes y le gritan: —«Arrástranos contigo, hermano; arrástranos á esa región luciente que sólo tú has visto; déjanos apagar la sed en la fuente cristalina donde tú has bebido y tomaremos fuerzas para proseguir nuestro camino.» El poeta atiende á sus ruegos y deja caer sobre ellos, como un rocío bienhechor, sus historias aladas, sus cantos inmortales.

El poeta es el hombre de la fe. Un poeta sin fe es un ser absurdo. ¿El hombre que vive en lo suprasensible no creerá en lo suprasensible? Si ha comido ya la ambrosía, si ha bebido en los festines de los dioses, ¿se resignará á demandar un pedazo de pan y un trago de vino á los filósofos positivistas? Yo no conozco más que un poeta materialista, Lucrecio. Confieso que me acerqué á él con curiosidad y temor. Después he visto que Lucrecio era un hombre de talento que cantaba, un cincelador admirable, no un dios bienhechor. El sagrado nombre de poeta debe reservarse al que sabe producir con su palabra mágicas perspectivas en el alma, al que penetra de una vez hasta el fondo del mundo interior y nos descubre la riqueza que teníamos guardada sin saberlo. Hay hombres que ordenan bien las ideas y las líneas y estos hombres merecen nuestro aplauso. Pero hay otros que sin orden nos murmuran al oído secretos divinos, y para éstos es nuestro amor y nuestra adoración. Cuando leo algunos versos de Espronceda ó de Zorrilla, estos hombres admirables no bastante admirados por los españoles; cuando tomo en las manos la *Imitación de Cristo* ó las *Bodas espirituales* de Rusbrock ó el *Castillo interior* de Santa Teresa, una luz misteriosa se alumbra repentinamente en mi alma. Entonces comprendo lo que soy, de dónde vengo y adónde me dirijo.

No obstante, se dan casos, aunque pocos, de que el poeta se juzgue y se diga ateo. Uno de ellos el del famoso bardo inglés Shelley. El poeta en este caso se calumnia. Toma por su ser ver-

dadero al burgués más ó menos vicioso y neurasténico enamorado del placer. Pero su ser es otro distinto y debiera buscarlo solamente en aquellas horas dichosas en que la inspiración desciende á su alma y se convierte en vehículo del pensamiento divino. La pitonisa cuando bajaba del trípode no era más que una mujer enferma. La palabra poeta, como afirma con acierto Taine, señala un hombre que puede desprenderse de sí mismo, olvidarse, transformarse en toda clase de seres y llegar á ser en ciertos momentos las cosas más diversas.

Pues este mismo poder de trasformación le hace amar la vida y todo lo que tienda á excitarla con exagerada violencia. Busca su felicidad en el placer y se extravía miserablemente. Pero todo poeta, todo literato en general, nace con una luz en el corazón. Esta luz bajará de intensidad hasta parecer que se extingue en ciertos momentos. Allí está, sin embargo. Llega una hora crítica y toma vida y se hace esplendorosa. Perdido en el libertinaje, encenagado en los vicios, Alfredo de Musset alza su frente y grita: «¡El infinito me atormenta!» y escribe su famosa poesía *Esperanza en Dios*. Comienza á tomar cuerpo aquella luz que amenazaba apagarse. Llega el dolor, llega el hastío, el asco de este mundo. El joven poeta, prematuramente viejo, postrado en su lecho, escucha las palabras austeras de una pobre religiosa y comprende la vida y se reconoce á sí mismo. Porque el Universo entrega sus fuerzas á los sabios, pero no su secreto. El secreto lo guarda para los sencillos de corazón. Un coro de ángeles asistía con respeto al coloquio del poeta libertino y de la virgen humilde; porque en aquel coloquio uno de sus hermanos se desprendía de la bestia que le tenía prisionero y comenzaba á batir sus alas para elevarse á lo alto. Hay en todas las almas un punto virginal, inmaculado, al cual no llegan las salpicaduras del cieno de la vida. En vano pretendemos invadirlo y borrarlo con nuestros vicios. El cielo lo guarda, sin duda, para construir sobre él un baluarte desde donde comenzará la reconquista de sus derechos.

Pero si no existe un poeta sin fe, ¿podrá existir sin moral? Seño-

res, una de las afirmaciones que me dejan más estupefacto es la de que el arte nada tiene que partir con la moral, que no sólo puede ser *amoral*, sino también inmoral. Se cita á los artistas del Renacimiento, se cita á la Grecia (á la Grecia sobre todo), se cita á los poetas de la decadencia del imperio romano. Digo que me deja estupefacto, porque no puedo concebir al hombre y al universo entero sino como una encarnación de la moral. La moral es la razón de nuestra existencia y la del mundo. Los seres todos, desde el más bajo hasta el más alto, se esfuerzan en llegar á la inteligencia, y la inteligencia no es otra cosa que el convencimiento de nuestra unidad esencial, donde se hallan los cimientos más profundos de la moralidad. Todos queremos penetrar en el alma del mundo, todos ansiamos bañarnos en la inmortal sabiduría y todos presentimos que esta sabiduría, ó es el amor ó no es nada. El día en que los hombres nos dijéramos unos á otros con perfecta convicción:—Aparta, mi ser nada tiene que ver con el tuyo—, ese día no sólo se habría concluído el arte sino también la vida. Y el artista, el poeta, ¿será el único viviente que no se esfuerce en alcanzar la inteligencia, el único que reniegue del amor? Esta afirmación es más que absurda; es sacrílega.

¡La Grecia! ¡siempre la Grecia! ¡Cuán superficialmente juzgamos á este pueblo escogido de la humanidad! Vemos sus estatuas desnudas y decimos: «Los escultores griegos no conocían la moral.» Como si la moral dependiese exclusivamente en la tierra de un pedazo más ó menos grande de tela. Lo que debemos preguntarnos frente á las estatuas de los griegos, es lo siguiente: «¿Estas esculturas han sido engendradas por un pensamiento inmoral?» Porque la moralidad ó la inmoralidad sólo pueden referirse á nuestro ser espiritual. Entonces veremos que lejos de ser así, el escultor, no solamente ha querido elevarse á sí mismo hacia la suprema inteligencia, sino que ha querido elevar á la piedra imitando al Creador de todas las cosas. Siguiendo paso á paso el sordo trabajo de la naturaleza, ha concluído por hacer un hombre de un puñado de barro. Nosotros pensamos que es más moral pintar bo-

degones que mujeres y hombres desnudos. Los griegos se reían con desprecio de los primeros que los pintaron. Juzgaban más digno de sí mismos esculpir un hermoso torso coronado de una cabeza levantada al cielo como la del Apolo del Belvedere.

Dejemos los escultores. Vengamos al literato, objeto de este discurso. Decidme, señores, ¿qué hace el literato, llámese novelista, dramaturgo, poeta lírico, crítico ó periodista, más que extraer la moral de la vida? ¿Cuál es su tarea sino poner en lucha tendencias egoístas, animales de nuestra naturaleza con el sentimiento de amor y de justicia que reside igualmente en nuestra alma? Examinad toda la literatura desde el *Ramayana* y el *Mahabharata* hasta la novela que habéis visto en el escaparate del librero. No hallaréis otra cosa que las peripecias de la eterna batalla librada entre nuestro ser espiritual y las fuerzas ciegas subterráneas que aspiran á tenerlo prisionero, entre la bestia y el ángel! ¡Y afirmar que el literato puede ser inmoral! Yo voy más allá, señores, yo sostengo que ni el mismo lector ó espectador de obras de arte puede ser inmoral, mientras dura la lectura ó el espectáculo. ¿Concebís que un hombre injusto y cruel experimente emoción alguna presenciando las desgracias del Rey Lear? Inmediatamente se pondría de parte de sus hijas Regania y Goneril; diría, como ellas, que le estaba todo bien empleado por necio, y habría desaparecido todo goce estético. Cito de propósito una obra de Shakspeare, porque en él se apoyan los partidarios del arte *amoral*. Se ha dicho, por no sé quién, que toda la obra dramática de Shakspeare es un paisaje sin cielo. Yo afirmo que no es otra cosa que una lucha entre el cielo y el infierno. Y en tal sentido, es la obra más poética, más moral que conozco, porque es donde la lucha se ofrece con colores más vivos y donde la emoción llega á su grado máximo de intensidad. El gran poeta inglés fué un espíritu profundamente moral y fué también un espíritu religioso. Corrían tiempos muy azarosos cuando dió sus obras á la escena. La lucha religiosa era enconadísima y los que como él aspiraban á cumplir serenamente su destino sobre la tierra necesitaban usar

de mucha cautela para no ser arrastrados en aquel torbellino de sangre. Shakspeare en esta lucha se mantuvo neutral. De sus obras no puede deducirse qué religión profesaba. Sin embargo, escribiendo bajo el reinado y aun bajo la protección manifiesta de la Reina Isabel, perseguidora cruel de los católicos, si el poeta fuese protestante convencido, ¿qué motivo ha tenido para no mostrarse tal y adular de este modo á su protectora? Por el contrario, hallamos en sus obras monjes y sacerdotes papistas, enemigos, por tanto, de su reina, pintados con manifiesto cariño; hombres bondadosos, abnegados, santos. Esta pintura, expuesta ante una sociedad protestante, suspicaz é irritada, ha hecho dudar á algunos críticos si el corazón del poeta estaría con la religión perseguida. Verdad que describe con negros colores en su drama *Enrique VIII* la ambición desapoderada y aun la maldad del cardenal Wolsey, favorito del rey; mas cuando llega su caída, cuando se ve afrentado por cuantos le adulaban anteriormente, el poeta recuerda que es un sacerdote, le hace volver en sí, arrepentirse y exclamar con alegría: —«¡Vana pompa, gloria de este mundo, yo os odio! Siento que mi corazón acaba de abrirse nuevamente á la verdad.» Y cuando el único servidor fiel que le ha quedado le pregunta cómo se encuentra, responde:—«Muy bien; jamás he sido realmente tan feliz, mi buen Cronwell. Ahora me conozco á mí mismo y siento dentro de mí una paz superior á todas las dignidades de la tierra, una tranquila conciencia. El Rey me ha curado; le doy las gracias. De mis hombros, columnas bien ruinosas, ha quitado por compasión un peso que bastaría á sumergir un navío. ¡Oh, Cronwell, es un fardo, es un fardo demasiado pesado para un hombre que aspira al cielo!» El que ha sabido hallar palabras de una inspiración tan cristiana, no es un pintor de paisajes sin cielo.

Pero hay quien supone que el poeta para ser moral debe convertirse en predicador. No es necesario rectificar esta vulgar apreciación. El poeta es el hombre de las imágenes y predica con las imágenes. No necesita de afirmaciones abstractas ni de máximas para convencernos. El espectáculo del desgraciado Lear arrojado

por sus hijas en medio de una noche fría y tormentosa, sus lamentos, sus imprecaciones, nos infunden mejor la obligación de venerar á nuestros padres que un curso de filosofía moral.

Otros piensan que para que una obra literaria resulte moral es preciso que la virtud quede en ella recompensada y el vicio castigado. Estos se llaman cristianos, pero no lo son. En el fondo de su alma son adeptos inconscientes de la moral utilitaria. Si acaeciese siempre lo que ellos pretenden, no habría necesidad de cielo ni de infierno. El verdadero cristiano sabe que esta vida es un lugar de prueba y que la sanción de nuestros actos exige un mundo trascendental. La virtud aquí abajo tiene su recompensa en sí misma, esto es, en la clara conciencia de que mediante el sacrificio de nuestra voluntad cumplimos la de Dios y nos hallamos unidos á Él, vivimos en lo eterno, no en lo contingente. El que por sus actos de caridad aspira á otra recompensa no pisará jamás el umbral sagrado de la Eternidad. Mi fe en un mundo suprasensible vacila mucho menos observando al bueno en este mundo perseguido y ultrajado, que mirándole disfrutar de todos los regalos de la existencia.

Si el literato no disfruta de estos regalos, si se ve menospreciado por el mundo como el príncipe de nuestros ingenios, aun con eso puede ser feliz. Le basta refugiarse en su pensamiento donde se pintan las cosas, no como son en la apariencia, sino como son esencialmente. En aquel mundo que él se crea, fantástico para el vulgo, único verdadero para el filósofo, se pasea libremente como un rey por sus jardines, embriagándose con los aromas de flores exquisitas que jamás han conocido ni conocerán sus perseguidores. Por eso los hombres en lo más profundo de su alma sólo envidian al poeta. Comprenden instintivamente que es el solo ser feliz que existe en la naturaleza. Saben bien que esos magnates que cruzan á su lado en lujosos trenes viven atormentados por el tedio, que su movimiento incesante, febril, responde al ansioso deseo de buscar algo que les liberte del vacío que sienten en sí mismos. Saben que esos otros que escalaron las alturas del

poder han dejado entre los abrojos del camino las más caras ilusiones de su vida, que han sacrificado á su ambición no sólo sus horas de alegría sino su mismo orgullo. ¡Cuántas humillaciones antes de llegar á ese puesto apetecido! Y después ¡cuántas humillaciones todavía! ¡Cuánto rival acechando su caída! ¡Cuánto parásito zumbando molestamente en torno suyo! No, no; esos hombres no son dignos de envidia. Sólo es feliz el poeta que tiene conciencia de su alto destino y el santo que arde en el amor del Cielo. «Pues las consolaciones espirituales—dice el autor de la *Imitación de Cristo*—exceden á todos los placeres del mundo y á los deleites de la carne.» Y Emerson, el profundo pensador de los tiempos modernos, afirma que «el nacimiento de un poeta es el principal acontecimiento de la historia.» Sienten igualmente que al poder y á la riqueza se llega en muchos casos no por el trabajo y el ingenio sino por casualidad y no pocas veces también por la injusticia. Mas el poeta procede directamente de la mano de Dios como todas las bellezas del universo, es un rayo de luz que nos envía el cielo al través de las nubes de la existencia.

Si es un rayo de luz debe ser puro como ella. No basta ser poeta en los momentos de inspiración; es necesario serlo toda la vida. Que esta sea una obra de arte como lo son sus poemas, que no se mezclen con ella ni la frivolidad ni la disipación, ni menos aún las pasiones bastardas que la degradan. Escribid como poetas, pero vivid también como poetas. Vosotros los que aquí estáis como los que estáis fuera de aquí, hombres inspirados, manteneos siempre en las alturas como el águila. Vuestro reino no es de ese mundo que se agita y bulle y se esfuerza por lograr las pueriles satisfacciones del amor propio. Dejadlo batallar á vuestros pies. Cuando habláis, cuando cantáis, las armas se abaten y los combatientes se paran á escucharos. Ningún paso ha dado la Humanidad hacia el progreso que no haya sido de antemano visto y cantado por el poeta; ninguna reforma social se ha llevado á cabo en las esferas del poder que no haya sido iniciada por el autor desde su gabinete de trabajo ó por el periodista desde la mesa de su redacción.

El mundo actual os debe lo que es y el mundo de lo porvenir os lo deberá seguramente. Los gobernantes atenienses se trasmitían unos á otros el secreto temible de la tumba de Edipo en los bosques de Colona, del cual dependía la suerte de la ciudad. Vosotros también os trasmitís de generación en generación otro secreto más noble, el secreto de las almas, del cual depende la suerte y los altos destinos de la Humanidad.

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. EUGENIO SELLÉS

MARQUÉS DE GERONA

Señores Académicos:

La recepción de un puro creador de amena literatura y por esa sola cualidad recibido, es caso solemne de justicia y ocasión señalada de festejo en la Academia Española.

Caben aquí como en la casa solariega de la familia todas las ramas y representaciones de la literatura y todas las maneras de entenderla y cultivarla. Pero acaso los sembradores de gérmenes tengan mejor derecho que los rebuscadores y almacenistas de lo ya granado, porque la creación, y este es orden natural, precede á la crítica y á la investigación de lo ya creado, y el arte propio va delante de la ciencia del ajeno.

Y para quien llama á nuestra morada con el libro original por único aldabón y con las figuras de su imaginación por solo acompañamiento, deben desdoblarse anchamente las hojas de nuestra puerta, como se abren las hojas de los libros leídos y no condenados á reclusión perpetua en la estantería de la biblioteca.

Fueron los de Palacio Valdés su memorial, la fama su recomendación. Ellos le bastaron y nos bastaron. Llegó sin pedirlo, casi sin saber que venía á nosotros. Este y otros repetidos casos de elección espontánea y tal vez inesperada, son respuesta y esperanza á los que desconfían de alcanzar la cumbre académica con el solo vuelo de la débil pluma de palomo poético si no la cobijan y amparan las recias plumas de neblí de los políticos ó personajes influyentes.

Sin dar la razón á esas desconfianzas debe confesarse sinceramente que el atavío y bagaje de uniformes y bandas pueden completar el peso de una candidatura. Los políticos de gran nota gozan fuero de sangre real: son académicos, como los príncipes son capitanes generales de nacimiento; no necesitan haber servido en filas.

Pero dígase también en conciencia que nunca los candidatos políticos han venido completamente desplumados. Y sea dicho en buena hora.

Además, cuando no traigan volúmenes de palabra escrita, traen acopio de palabra hablada. Y caen bajo las lindes del coto literario. Su derecho igual consta inscripto á nuestra vista.

POESÍA. ELOCUENCIA. Dicen las altas inscripciones de esas vidrieras, que son como los ojos por donde penetra la luz en este salón.

Existen, á propósito de las elecciones académicas, prejuicios, fábulas, casi supersticiones que la ambición impotente fragua, la malicia extiende, la credulidad acoge, y luego, al fin, el reposo y los hechos desvanecen y sepultan.

Aquí han entrado siempre todos los que han merecido entrar... Y aun algunos más. No se alarmen por tal confesión mis compañeros, ni se alegren, viéndose acompañados los que quisieran serlo, y, por no serlo, nos maltratan. Digo que algunos más, porque siendo yo quien habla en este momento, sería vanidoso el sumarme en la cantidad positiva de los merecedores.

La Academia no ha delinquido nunca por omisión ó preterición deliberada. Si á veces los beneméritos no han llegado, cúlpese á ellos mismos ó á contingencias inevitables; á su propia voluntad ó á la voluntad de la muerte que se ha anticipado á nosotros, eligiéndolos prematuramente para ella.

Los cerrojos de esta casa se abren desde dentro para franquearla.

Llamamos á los que debemos llamar y cuando queremos llamarlos. Tenemos nuestro reloj, atrasado ó adelantado, para nues-

tras devociones, y no nos rige la hora que den otros relojes. No vale hurgar en la manecilla ni aporrear la muestra; porque, advertida la maniobra, descontamos el tiempo mal corrido y restablecemos el cómputo á su hora debida y justa. Andando la edad, cuando las horas eslabonadas forman años y los años enfrían las pasiones y serenan los espíritus, se reconoce en el cómputo total la seguridad de nuestro reloj.

Sobre esto, ya es sabido que en todas partes se suele ser antiacadémico... antes de ser académico, como se suele ser demagogo antes de gobernar, y aun para gobernar más pronto ó sacar mejores provechos que si se gobernara por decreto real y con responsabilidad ministerial.

La violencia amenazadora puede ser el modo imperativo del pordioseo y de la solicitud. El procedimiento, muy español por activo, tiene sus antecedentes castizos en el mendigo de Gil Blas, que imploraba limosna con la boca del arcabuz á la vera del camino.

En Palacio Valdés se muestra el ejemplo vivo de que basta saber escribir sin pensar en la Academia, para que la Academia piense en los que saben escribir. Palacio no viene á este lugar por el camino trabajoso de la investigación histórica ó crítica, aunque haya ejercido la crítica en los ratos impulsivos de las mocedades. No viene con la carga copiosa de la erudición humanista, ó filológica ó gramatical. No viene exornado con las dignidades políticas. No entra por la gatera de la solicitud perseverante ó de la recomendación persistente; no por impulso inquieto de la impaciencia que, aun en casos de justicia, quiere anticiparse á la hora oportuna.

Vino cuando quisimos, cuando fué deseado, y con esto se excusa aquí el acostumbrado elogio del académico recibido. Diciendo que fué deseado por nosotros, se dice que le conocíamos; y si le conocíamos, queda desde luego presentado.

Era un antiguo amigo nuestro, como lo es de todos los amantes de las buenas letras dentro y fuera de España. Y luego ha desoído voluntariamente el llamamiento. Lo ha dicho al empezar su discurso: siete años ha tardado en llegar á esta hora de la posesión. Ha

errado en la cuenta: no son siete, son ocho años muy corridos. Palacio Valdés no contaba conmigo; he colaborado á la tardanza con un año y un pico largo. No se le pondrá entre los impacientes ni los prematuros. Su demora no fué pereza; de su diligencia fecunda da testimonio escrito su mucha producción intelectual. Tampoco fué, ciertamente, temor al obligado discurso de ingreso, temor que ha demorado y hasta impedido definitivamente muchas recepciones. Porque existe, en efecto, la preocupación del discurso. Preténdese, tal vez, darle proporciones de monumento literario, justificando así el acierto de la elección, sin considerar que se elige y se entra aquí por lo escrito antes de elegir y entrar. El académico no nace en la cuna de flores de su discurso; nació en la cuna de espinas de su trabajo juvenil; viene ya bautizado, con nombre y renombre, y desenvuelto y aun barbado con barbas más blancas que obscuras.

Si fué reverencia al muerto á quien hereda, confiese el sucesor que le ha guardado largamente el luto, aunque bien dilatado y respetuoso se le debía al varón insigne que fué en vida amor de la Academia, en muerte duelo de España y en lo eterno gloria de las Letras. Palacio Valdés le ha hecho funeral piadoso y espléndido dedicando su discurso, no sólo á la persona de Pereda, sino también á lo que representaba el maestro.

Literato puro y sucesor de Pereda, que no fué otra cosa, y fué bastante, Palacio ha encaminado su pensamiento hacia personas y cosas puramente literarias. Se ha mirado á sí mismo, ha mirado el ejemplo de Pereda, y se pregunta: ¿Qué somos y qué representamos en la sociedad los que vivimos consagrados al culto de las musas, como los sacerdotes al culto de Dios, célibes de todas nupcias que no sean las contraídas indisolublemente con la belleza incorpórea del arte?

Y Palacio diserta magistralmente acerca del papel repartido al literato en la tragicomedia social.

¿Es el protagonista alrededor del cual actúan los demás personajes?

¿Es un simple racionista que trabaja y pena por la sopa precisa para sustentar su persona miserable y su vida desilusionada?

¿Es el apuntador que dicta desde su agujero lo que han de decir los actores y ordena las mutaciones de decoración como si fuera verdadero motor y guía del espectáculo?

Aunque parezca inexplicable, es evidente que la importancia de su papel crece ó mengua según el escenario y la hora de la representación. Tal sucede con ciertas obras que, ó por groseras ó por delicadas, siendo las mismas, son ó aplaudidas ó silbadas un kilómetro más acá ó más allá, y tres horas más temprano ó más tarde. Mera variación de perspectiva ó de acústica.

A unas horas los poetas merecieron ser desterrados de las repúblicas bien ordenadas, como gentuza corrompida y corruptora. A otras horas merecicron ser coronados por mano de Papas y Reyes. En los días clásicos fueron parásitos ó preceptores de los patricios y aduladores de los Césares. En la noche cerrada de la Edad Media, donde sólo relumbraba el acero de las armas, desdeñosas de la pluma, los trovadores son juglares que cantaban de castillo en castillo, como hoy los ciegos de puerta en puerta, entre nosotros, *por un vaso de bon vino*. La hora clara del Renacimiento les comunica algo en su luz bienhechora. Sin embargo, no brillan superiormente en la sociedad. La hora romántica es su hora del mediodía, el cenit y apogeo de su camino. Entonces no se concebía habilidad superior á la de componer una elegía que hiciera derramar lágrimas á chorros ó componer un drama que chorreara sangre por sus cuatro actos y diez cuadros.

Los poetas, según la teología romántica, son seres cuasi divinos, expatriados de planetas superiores, de carne que no es del barro terrenal, con ciencia de adivinación de cosas que nadie supo, con lengua de vocablos celestiales, y hasta con vestimenta y tocado que no son las del vulgo prosaico. La melena fué y es el distintivo de los literatos románticos y neo-románticos. Ellos solos gozan el privilegio del pelo largo. No se engrían con él; también

la coleta es el distintivo de los toreros y de los chinos, á quienes todos engañan, por tontos ó por crédulos, que viene á ser, poco más ó menos, lo mismo. Pero dejando aparte el papel histórico, ¿cuál es el que desempeña y le corresponde en la sociedad presente?

El positivismo reinante, cortándole los vuelos y las melenas, ha rebajado el papel de los literatos, despojándoles de los prestigios románticos, de la autoridad pontifical, de los honores de extáticos inspirados en cuyo plectro revoloteaba el espíritu de Dios mismo—*Deus est in nobis*—, como desciende en la Hostia á las manos del sacerdote.

Cierto que el arte poética ha cedido á las artes industriales, y el hombre y hasta la sensible mujer, asidua cliente del poeta, prefieren á la producción del placer estético, la producción de los placeres y comodidades de la buena vida, y al regalo del oído el regalo del estómago. Pero en medio de esta mudanza de gustos y este cambio de devociones, se percibe á ratos la influencia de una luz no apagada todavía, como lámpara que el olvido dejara ardiendo en un rincón de un templo gótico convertido en fábrica de tapones de alcornoque.

Es certísimo y natural que la literatura no influye sobre las cotizaciones de la Bolsa, ni sobre la carestía ó abaratamiento de las subsistencias, ni sobre los negocios comerciales. Pero cuando las letras son instrumentos vibrantes de emoción estética, y son además formas y vestidos de ideas, entonces es indudable su influencia social. Voltaire, Rousseau y los escritores de la Enciclopedia: Chateaubriand, Gœthe, Víctor Hugo, Tolstoi, son ejemplos de ella. Zola, con ser mucho menos, removió y levantó en peso á toda Francia con su *¡Yo acuso!*

Claro está que á tanta resonancia no alcanzan los poetas tiples, que se reducen á proclamar *urbi et orbe* sus afectos íntimos, como si interesaran al bien ó al mal de la humanidad. No alcanzan los que se recrean y aburren á los lectores narrando en versos perniquebrados amores de princesitas rubias y barbilindos amadamados que se cuentan sus vacuidades entre discreteos pedantescos,

al compás de pavanas señoriles, bajo lunas y entre plantas de todos colores, menos los que usa la naturaleza. No se dice con esto que la influencia social de los escritores que por su enjundia la merecen, sea tal y tan decisiva como la pretenden los idólatras de la letra. Para éstos, los intelectuales son exclusivamente aquellos hombres que escriben lo que piensan; no son nada ni nadie los otros hombres que piensan sin escribirlo.

Para esos idólatras, los escritores están en la gloria sentados á la diestra de Dios padre. La pluma es cetro, espada y báculo, soberanía, fuerza y pontificado. No tanta jactancia; el pensamiento humano tiene más voces que la poesía, y más formas y signos que los garabatos alfabéticos.

¡Si la vara mágica del genio convierte en flores hasta el papel sellado de la Administración pública! Conocí yo á cierto burócrata, director general, persona de indudable talento para lo suyo, covachuelista de larga y meritoria carrera, para el cual la manifestación más excelsa del entendimiento y del arte consistía en la tramitación bien concertada de un expediente. En sus fojas veía él anidado, como en la fronda del bosque, el ruiseñor de toda poesía. Allí estaba el drama, la novela, la epopeya, con el interés palpitante de las pasiones que luchaban, de las peripecias que se sucedían, del desenlace que resolvía el conflicto con un decreto conmovedor por lo trágico para quien perdía el litigio, cómico por lo alegre para quien lo ganaba. Pónganse ahora frente á frente á este genial director y á su oficial de la clase de cuartos, enfundado en sus mangas de percalina negra, mísero poeta que con sus 2.000 pesetas de sueldo alimenta á su soberbia musa y á la familia de su musa, el cual, con la misma pluma y en la misma mesa de la oficina escribe sus nebulosos dramas, versos y prosas modernistas. ¡Y júzguese el mutuo, el profundo desdén con que se mirarán desde sus altas órbitas aquellos dos astros supremos del entendimiento!

Ambos tendrán el inocente derecho de despreciarse, porque el amor propio imagina que nuestro papel es el primero por ser el

nuestro; pero ninguno de ambos tendrá razón para creer que el hombre político es el protagonista, ni el literato el educador y guía de las sociedades.

¿Qué es hoy el literato socialmente, moralmente y artísticamente?

En cuanto á la consideración social, puede afirmarse que aquellos pobres frailes, presbíteros ó capellanes de casas grandes que se llamaron Luis de Granada ó Luis de León, Lope de Vega, Calderón, Tirso, no serían hoy menos que obispos. Y puede afirmarse que aquel perseguido de la fortuna y de los afortunados, Miguel de Cervantes, no sería un comisario de apremios y agente ejecutivo de Rentas públicas. Sería, tasándole bajo, tan ministro de ellas, y probablemente tan funesto para ellas, como cualquiera de los Excmos. Sres. Ministros que no han llevado todavía á la *Gaceta* nuestro Quijote financiero.

Y Su Excelencia el Señor *Don* Miguel, que no tuvo otro Señorío ni otro Don que el de su grandeza intelectual, viviría ahíto y con gorguera siempre limpia, agasajado con sus correspondientes homenajes, banquetes y convites para toda fiesta mundana de esas que, para completar la ornamentación, ha de reunir, bajo la escocia de los salones, los tres escudos, el de sangre, el de oro y el de luz. Y asistiría seguramente, devolviendo honra por honra, aquel soberano sin trono que nunca vió salones aristocráticos si no fué desde las escaleras y antesalas, confundido con la turba de pretendientes entre los lacayos del Duque de Lerma, ó D. Rodrigo Calderón, ó entre los soldados de la guardia de D. Juan de Austria.

Y sacaría tanto aprovechamiento y estudio de costumbres y personas como sacó de sus andanzas plebeyas, y su compañía de pícaros, y sus tratos de cautivos y de malos pagadores de la Real Hacienda.

Porque el literato no es hoy ni puede ser un anacoreta del yermo.

Palacio, al decir que la soledad conviene al literato, no intenta significar que sea un profeso en la religión cartujana.

Conviénele ciertamente un retiro temporal, al modo del retiro religioso en la Cuaresma, para recoger el pensamiento y fortalecer la salud mental, aislándola.

Que Palacio no ha practicado esa soledad absoluta, se ve en sus libros repletos de vida experimentada y sentida de cerca. Los sentimientos, las pasiones, los caracteres, las costumbres, no se estudian en el apartamiento silencioso de la biblioteca, á la tranquila luz de la lámpara. Los latidos del corazón humano se conocen y se pulsan en el golpeteo diario, en el estrépito de la batalla; entre el grito de la ira y el lamento del dolor, el triunfar y el caer, la imprecación y la misericordia; asistiendo á batallas morales, al derramamiento de lágrimas que son la sangre del alma.

Lo que Palacio pide para sí y para el literato de vocación es la soledad profesional; el no andar en manada para guarecerse unos de otros como corderos asustados bajo la lluvia; el no escribir en cuadrilla profanando sagrarios, robando moldes de letras viejas para venderlos como de novísima fundición; lo que quiere es el apartamiento, el alejarse de las sociedades cooperativas de crédito intelectual, que pronto quiebran, porque, exhaustas de fondos efectivos, poseen simple papel estampado que sólo tiene circulación entre sus mismos socios.

Felices los que como Palacio son solitarios á la manera de los brillantes que para lucir y valer no necesitan del cerco de piedrecillas minúsculas. Sabe él bien que sólo los corpúsculos ínfimos, las moléculas, los átomos, necesitan la cohesión para formar cuerpos. Los cuerpos formados viven por sí. En la tierra y en el cielo, en el mundo intelectual, como en el sideral, los astros mayores no necesitan de satélites ni de más aureola que la emanada de su propia substancia luminosa.

Si el literato de hoy y de siempre hubiera de ser el susodicho anacoreta del desierto, sería bien aplicarle consiguientemente los tres votos de regla: pobreza, castidad y humildad. Pudiera entenderse que Palacio le quiere pobre, casto y humilde. En cuanto al primer deseo, la Providencia ha complacido á

Palacio Valdés. Los literatos son, por lo general, pobres... involuntarios.

Las musas dan honor, mas no dan renta, dijo Lope. Hoy están medianamente retribuídas, á veces mejor de lo que merecen, porque como las malas hembras, más gananciosas cuanto más descocadas, suelen dar renta precisamente cuando no dan honor.

Es pluma de *rara avis* la que se enriquece escribiendo honradamente en lengua de Castilla. Los más de los literatos ó trabajan mucho para poner una olla muy tasada, ó acuden á la olla grande del presupuesto nacional. Y así como antes cantaban misa y se hacían frailes ó beneficiados de una catedral ó capellanes de casa noble, hoy cantan un credo político cualquiera y se hacen funcionarios públicos, altos si pueden, y cuando menos oficinistas en cualquiera de las variadas canongías laicas de este numeroso cabildo de nuestra administración. Tan bien confundidos y compenetrados andan en ambos menesteres, que no se acierta á distinguir cuándo son literatos que covachuelean, ó covachuelistas que literatean. Y sirven y valen para las funciones administrativas tanto como los profesionales. Yo conocí, y creo que todos nosotros conocimos, á un poeta que lo fué en grado eminente y con nombre famoso y á la vez subsecretario de un ministerio. El tal subsecretario con pluma, presentó cierto buen día á su jefe el ministro un proyecto de ley completamente acabado para llevarlo á las Cortes, desde el preámbulo hasta el reglamento, para su ejecución y aplicación. Maravillado el ministro, le dijo:

—Pero, amigo, si yo no le he traído á usted al ministerio para iniciar leyes ni siquiera para que las lea.

—¡Qué!—contestó el subsecretario algo receloso—. ¿Le parece á usted mal?

—Al contrario; admirable. He querido decir que yo no pretendía ni esperaba de un poeta esa obra técnica tan acertada y necesaria.

Algo picado el subsecretario, repuso:

—Señor ministro en prosa, un poeta es un hombre que sabe

hacer todo lo que los otros hombres, y además versos. La ley del poeta ha quedado como modelo en el repertorio administrativo, tan permanentemente como los versos del subsecretario en el repertorio literario de España.

Y en verdad, ¿la riqueza estorba al literato? Le estorbaría y aun dañaría si repudiara á la musa legítima por amancebarse con las musarañas, las frivolidades mundanales, los placeres groseros, las disipaciones locas; por tales revueltas y encrucijadas se pierde esta como cualquiera otra profesión. Pero eso no es el uso, á veces docente, sino el mal uso de la riqueza inclinada al ocio y á su hermano el vicio.

Más estorba la pobreza. La mano no puede atender simultáneamente á la pluma que pide cuidados, y al estómago que se queja; ni quien actúa á diario en el drama vivo de su comedor puede entretenerse en ficciones deleitosas ni filigranas de pensamiento.

Para escribir sinceramente, noblemente, cuando se lucha á brazo partido con las necesidades, para no echar zancadillas al arte, para vencerlas sin atropellos lucrativos de la dignidad profesional, sin contemplaciones útiles de cosas ó personas, sin adulación al público, sin sometimiento á tiranías de la moda ó de la vulgar corriente, se necesita vocación de mártir que sacrifica su persona por su fe, ó el todavía mayor heroísmo de aquellos santos fieros que por salvar el alma cortan las amarras de la carne, y por amor del cielo ahogan los amores íntimos de la tierra. Y no debe esperarse el martirio de todos los hombres y á todas las horas. Creamos en los pobres honrados, pero creamos también que su honradez es más grande y más expuesta al peligro de la tentación.

La virtud literaria, que es la sinceridad y la independencia de la inspiración, necesitan su capital, siquiera aquella *pobrecilla mesa de amable paz bien abastada*, que basta al maestro Luis de León para sustentar con decoro su libre musa.

Y el ser literario, como el moral, como el ciudadano, sólo son verdaderamente libres cuando pueden costearse la libertad, don que no adquieren gratuitamente los pueblos.

Lo que Palacio quiere decir no es que el literato deba ser necesariamente pobre, sino que no por hacerse rico deje de ser literato, esto es, que el afán del lucro no envilezca ó prostituya su producción.

Claramente lo manifiesta al escribir, como habéis oído, que el dinero es el tósigo que ha envenenado nuestra literatura actual; por él ha venido la decadencia del arte. El dinero, la ganancia, el mercantilismo artístico, acaso enriquecerán á los literatos, pero, ciertamente, empobrecen la literatura.

Realmente anda envenenada y en peligro de muerte ó de desprecio la generación positivista, que al acabar una obra teatral ó un libro, pregunta: ¿Dará dinero? En vez de preguntar: ¿Gustará á la gente culta?

Para ser esclavo mental del dinero ó de la turba que lo paga, más valiera al literato ser esclavo personal como Esopo, que al cabo lo fué de nobles señores.

Pasemos ahora, y pasemos como sobre ascuas, á la moral literaria, que parece ser el segundo de los votos de nuestra religión.

Los antiguos proclamaron la pureza ética; dijeron los griegos que la tragedia purga las pasiones humanas; dijeron los latinos que la comedia corrige las costumbres riendo; dicen los modernos que el arte es amoral; ni purga ni corrige; deleita y basta. Como se ve, ha sido imposible aplicar el diapasón normal á todos los tiempos; no hay metrónomo seguro.

La moral, sin duda, va por barrios, como el pueblo dice que va la risa, y cada sociedad ó vecindario, y hora y hasta lugar, la cantan en tono distinto. En Madrid, por ejemplo, la moral dramática es una en la Plaza de Santa Ana y otra en el Pasadizo de San Ginés, y tiene otra cara los sábados que los jueves.

No descendamos á esas degeneraciones actuales que se nombran pornografía, sicalipsis y otros semejantes idiotismos. Eso no es arte, y aquí se trata de él. Pero tampoco es arte el sermón fuera del púlpito.

Y no menos se degrada el poeta que por adular gustos ó capri-

chos de un día, hiciera sentir y hablar en católico á Cleopatra ó Aspasia, que aquellos otros que metieron en farsas grotescas á Santa Genoveva de Brabante por complacer irreverencias del público de los antiguos Bufos cuando fué moda la impiedad volteriana.

De esos tres votos de la religión literaria no es el de la humildad el voto mejor cumplido. ¿Y quién puede discernir si lo que es virtud en el cristiano será obstáculo en el escritor? ¿Y si lo que condena al uno á penas infernales no lleva al otro á gloria eterna? La vanidad tiene dos sucesiones, nacidas ambas de madre hueca; ya lo dice su nombre. Es una, el amor á la gloria, sucesión, si no legítima, legitimada por sus fines, á veces ó casi siempre nobles. Es otra, el amor á la propia persona, sucesión concebida en pecado de soberbia y nunca purificada, porque el orgullo la mancha indeleblemente.

¿Qué es el amor á la gloria sino el hijo bello de la vanidad, de esa vanidad que se afana por ser adorada en vida y elevarse después en estatua algunos metros más arriba de los que yacen bajo tierra? Palacio Valdés condena el amor á la gloria cuando es excesivo. Bien condenado está en ese caso y medida. Ese afán y el afán del dinero son igualmente nocivos al literato. Éste, el dinero, aplebeya la obra por trabajarla poco á fin de aumentar la producción y con ella la ganancia; aquél, el amor á la gloria pura, obliga á atormentar la obra por afinarla y sutilizarla tanto, que escapa á la comprensión común de la sociedad á quien se dirige.

Y eso de los genios no comprendidos es una disculpa que la soberbia busca para la impotencia intelectual. Toda obra verdadera y duraderamente gloriosa ha sido á la vez popular, y tómese este vocablo en su amplia significación, de ser grata á todo un pueblo, no sólo á su plano inferior, pretendan lo que pretendan los exquisitos estrambóticos que fundan su reputación en no alcanzarla sino entre pocos iniciados dignos de paladear la ambrosía celestial negada á los mortales. Consolación fácil, laurel barato, que puede cultivarse hasta en los tiestos de la casa. Los tales

ignoran que el talento comunica gracia, que posee la facultad de darlo á los que no lo poseen, como la luz tiene la propiedad de esclarecer los caminos obscuros. El entendimiento, si es enterizo, entiende y se deja entender. ¡Menguada luz la que sólo alumbra á quien la lleva!

Pero si el amor á la gloria, moderado por la razón, es un estimulante, el orgullo es la perdición del literato. Aquél le empuja al trabajo, mirando lo que hay que alcanzar más allá; éste le adormece imaginando que ya tiene alcanzado todo. Sólo le queda un trabajo: el de estudiar desde su altura la manera de despreciar á los demás. Ahí nacen los iconoclastas, los que ni reconocen ni acatan autoridad ni santidad antigua ni moderna, entiéndese fuera de ellos; los que se crean sus dioses, semejantes a aquellos de quienes Juvenal se burlaba, felicitándoles porque nacían en los huertos. Y ciertamente no vale tanta pena como cuesta el destronar á Dios para entronizar a los fetiches vegetales, ni descuajar cedros consolidados por los siglos para cultivar hortalizas anuas criadas entre el dulce melón y la hinchada calabaza insubstanciosa.

De ahí procede también el afán de la originalidad, otra forma del orgullo, por su pretensión de no tener semejanza con sus semejantes. De lo cual resulta que sus obras se salen de lo humano y caen en ridículas aberraciones que se toman por novedades. Y casi siempre lo consiguen; porque apartándose de lo humano del arte y de lo artístico de lo humano producen aberraciones de fondo y de forma, nuevas, sí, pero no menos ridículas que nuevas. Leemos diariamente á algunos críticos profundos que por alabanza, y como colmo de ella, dicen sentenciosamente: «Tal obra es muy personal», sin ver que todo es personal, así lo malo como lo bueno, y sobre esta distinción callan cautamente; es una manera de no comprometerse en juicios que no se tienen formados con claridad.

Esto de la originalidad recuerda un caso no sé si ocurrido ó inventado.

Éranse dos ingleses: uno pintor que presumía de original, y el otro un multimillonario de esos qne sin presumirlo era verdade-

ramente original, porque no es común la posesión de tantos millones como él poseía.

El caprichoso potentado encargó al pintor un cuadro que representara las Once mil Vírgenes.

El pintor no tenía ni manos ni lienzo para pintar las once mil figuras, y acudió al símbolo, estratagema con que los artistas de su escuela quieren pintar ó describir cosas ó estados que no saben ó no pueden describir ó pintar derechamente y como Dios y el arte mandan.

Pintó un espacio vacío y en su fondo una puerta estrecha, que al parecer daba al campo, y en el marco de la puerta, ocupándola toda, una figura de mujer muy dolorida.

Luego que acabó el cuadro lo llevó al comprador, diciéndole:

—Aquí está el encargo cumplido á conciencia. Lo tratado es tratado; venga el precio convenido.

El millonario, estupefacto, le contestó:

—Efectivamente; lo tratado es tratado. Pero no veo más de una Virgen.

—Esa es el símbolo del dolor de todas sus once mil compañeras. Repare, señor, en su actitud. Esta da las manos á la segunda que está detrás de ella; la segunda á la tercera, y así sucesivamente.

—Pero, repito que no veo más que á la primera.

—Las otras están dentro—observó el pintor simbolista.

—Bueno—concluyó el marchante.—Pues cuando salgan las pagaré.

Aplíquese ahora el cuento á los literatos á la moderna y á los originales y personales á todo trance, y singularmente á los de teatro que desdeñan y omiten el teatro en sus obras. Hacen sus dramas sin acción, cuando drama significa precisamente *acción*; sin interés, ellos dicen que deliberadamente, otros piensan que por no saber dárselo; sin pasiones, sin caracteres, sin movimiento. Allí no hay más que ambiente, medio, marco, pero no cuadro; palabras y palabras sin sonido de sentimiento, sin ritmo de corazón.

Y el espectador pregunta, si alguno queda despierto para preguntar:

—Bueno; ¿pero y el drama?

—¡Ah, eres un anticuado! En el drama, lo de menos es el drama.

Así literalmente lo he leído yo alguna vez en la crítica al uso.

Eres un anticuado; el argumento es lo material, lo grosero del teatro. El drama va por dentro de los personajes.

—Bueno—contesta el público;—pues cuando salga vendré á verlo.

Y de esta manera y por estos caminos el público ha concluído por abandonar el teatro serio, yéndose en masa tras las copletistas y bailarinas de esos escenarios alegres, donde á las primeras notas y á la segunda pirueta sale al aire todo el argumento de la obra.

El concepto de la originalidad y de la personalidad es otro que el que le dan los estrambóticos; es algo parecido al de la propiedad personal física. Nada menos original que un hombre con su cuerpo, su cara, sus ojos y su boca correspondientes.

Andan por el mundo á millonadas. Pero nada tan original, tan único, tan inconfundible, como el que aquellos ojos, cara y boca sean nuestros y constituyan nuestro mismo individuo, no repetido ni plagiado antes ni después en ningún otro hombre. ¿No sería inútil y ridículo hacer gestos y muecas para distinguirnos? Pues eso hacen con sus invenciones extrañas y su estilo los rebuscadores de la originalidad. No necesitaron de esas contorsiones ni de esa pretendida originalidad de la invención los literatos latinos. Nadie les ha disputado su originalidad y personalidad. Y, sin embargo, la gran literatura romana paría en latín, pero engendraba en griego. La cuna estaba en el Capitolio y la matriz en el Partenón; lo cual no obstó á su fama eterna ni á la veneración secular del orbe, apartando, naturalmente, del orbe a los gloriosos despreciadores de Virgilio y de Cervantes. ¡Desgraciados! Háblese de ellos con el respeto misericordioso que se debe á los privados de la vista. Cuando alguno de esos soberbios ángeles de las tinie-

blas niega la existencia de la luz porque él no la goza, no se nos ocurre exclamar: ¡Pobrecito sol!, sino decir: ¡Pobrecito ciego!

Mentando por analogía á los ángeles de las tinieblas, roza el papel el ala siniestra de otros dos hijos de la vanidad literaria: el odio y la envidia; los pecados satánicos. Odio á lo constituído; envidia á lo enaltecido. La mala pasión de los impacientes ó los impotentes que no han constituído su nombre y su clientela, su advocación y su parroquia. Y es muy de notar cómo ese odio á lo anticuado va contra las personas, no contra las cosas añejas: odian al delincuente, no al delito, porque lo aprovechan. Maltratan á aquéllas, utilizan éstas, dando por novedades flamantes procedimientos y formas, moldes, dicen, que eran ya viejos en el tiempo viejo.

¡Odio á lo pasado y viejo! ¡Desgraciado quien lo siente ó lo alimenta! Está llamando contra sí el odio de sus descendientes.

Enterradores de vivos, que no reconocéis méritos ni ponéis alabanza sino en lo joven, ¿no veis cuán fácil es ser joven? Todos lo hemos sido sin esfuerzo. Lo difícil, lo fuerte, es ser viejo, porque entonces se ha tenido la fortaleza de vencer á la muerte. Los que los maltratan no merecían la fortuna de ser viejos, erguidos de pensamiento y por ello maltratados.

Pero si se mira bien, el odio literario, ¿es odio ó envidia? Y los envidiosos merecen perdón como los verdugos de Cristo, porque no saben lo que se hacen. Queriendo martirizar, glorifican. La envidia es la forma curva de la admiración, la voz falsa del elogio; porque ¿qué es lo que se envidia sino lo que se considera superior á nosotros?

Recapitulando lo dicho en los presentes discursos acerca de la representación actual del literato, va á resultarle un muy desdorado papel. No hay por dónde cogerle.

Vanidoso, si trabaja por la gloria; codicioso, si por el dinero; huraño, si vive en sus soledades; rencoroso, si entre los cofrades; marmota de largo dormir, si produce poco; coneja de parto mensual, si fecundo; cuando rico, disipado y distraído de la inspira-

ción; cuando pobre, parásito de los poderosos ó juglar que alquila la musa; si original, extravagante; ramplón y vulgar, si habla como la gente; inmoral, pintando el desnudo de las almas; hipócrita, escondiéndolo y tapándolo con escrúpulos de monja y sermoneo de fraile misionero. De todo lo cual se colige que el poeta no es ciertamente el ser celestial de los románticos, ni el ser despreciable de los utilitarios, sino un hombre como todos, con sus defectos humanos, ¡y Dios se los corrija!; con sus pasiones humanas, ¡y Dios se las conserve!, porque de ellas saca lecciones prácticas su estudio, calor vigoroso su inspiración y colorido vivaz su pincel.

En suma, un hombre del cual debe decirse, parodiando al citado poeta redactor de leyes administrativas, que posee todas las virtudes y vicios de los demás y sobre ello la virtud de sentir la belleza, y la indiscreción de decir al público lo que piensa y siente.

Eso, ni más ni menos, somos, aunque nos juzguemos sin mácula, los académicos de la hermandad en que ingresa hoy nuestro querido neófito. No nos avergoncemos de ello. Nuestro vicio y el de los que en él nos acompañan fuera de la Academia, es un vicio noble y caro, de esos que sólo pueden costear los grandes; un pecado que Dios permite á sus almas predilectas. Es pecado de amor á lo bello, sin la sensualidad de la belleza carnal. Y como todo amor, procrea, pero no al modo de la creación vulgar. Es la casta procreación unilateral, la más pura, la más alta, la única que es signo, imagen y semejanza de la potencia divina, porque como ella crea de la nada y por sí sola y por su sola eficacia, sin ayuntamiento de otros seres.

Dejando ahora toda suerte de categorías históricas ó presentes, altas ó bajas que se apropie ó le adjudiquen, el literato, en suma, no es más ni es menos que un hombre con la facultad de dar expresión á la belleza; que percibe y transmite fuertemente esa belleza, ó no sentida ni vista, ó sentida, pero inexpresada por los demás. Eso es en la sociedad contemporánea y eso fué y será en todas las sociedades pretéritas y futuras.

Y no es poco papel ni desdeñable el suyo. Es el papel de la luz en la tierra, en el espacio, en la vida universal. Todo puede existir en ausencia de la luz, pero sin ella nada se revela. En la placa fotográfica, dentro de la cámara obscura, están dibujadas é impresas las figuras, el grupo, el cuadro, el paisaje. Solamente cuando la luz los toca y los hiere salen á la zona sensible.

Trasládese el fenómeno á lo humano. Imaginad un pueblo que pasa su vida en las tinieblas. Allí actúa un mundo en pequeño: hombres y mujeres, ejes del movimiento humano. Ellas con sus cabezas hermosas, sus líneas esculturales. Ellos con sus cabezas inteligentes, sus miembros forzudos. Unas y otros con sus ideas y sentimientos, virtudes y vicios, fortalezas y debilidades. Todo aquel mundo secreto obra como este otro que vive á la luz. Generosidades y pasiones son las mismas; actitudes y movimientos los mismos: en la tiniebla se ama y se odia, se llora y se ríe, se muerde y se besa, se mata y se muere. Pero nadie lo veía ni sospechaba. El poeta penetra en la sombra, rasga sus velos, y los mismos que eran actores ocultos, invisibles, se ven, se conocen y reconocen, y todo aquel drama que se representaba á teatro obscuro, se muestra iluminado súbitamente á los espectadores que ven lo que no veían, perciben lo que no llegaba á sus sentidos, gozan placeres y sensaciones de un mundo inesperado que existía y como si no existiera para ellos.

La luz no lo ha creado; lo ha expuesto. Igualmente el poeta no ha creado la belleza que ya existía: la ha descubierto y expuesto á los ojos de los demás; ha dado expresión visible á lo oculto. Ese es su privilegio y facultad de mago.

Con ella y en esos momentos, el poeta, desdeñado por inútil, asciende á la altura de los más encumbrados prodigios de la ciencia positiva y útil. Genios descubridores y genios poéticos no son más que linternas descubridoras de mundos.

No vivieran los hijos de Colón sin vivir antes Colón. Pero el Nuevo Mundo vivía sin él y antes que él; Colón no hizo sino mostrarlo. ¡Luz, linterna! El vapor fluía de todo lugar donde hubiera

humedad y calor. Los sabios físicos no hicieron sino darle expresión impulsiva, y una energía nueva cambió el ser del mundo mecánico. ¡Luz, linterna! El flúido magnético y el flúido eléctrico latían callados, inertes, dormidos en el seno de la madre naturaleza, como si los sustrajera, amorosa, al contacto de las manos impuras que habían tal vez de emplearlos en la maldad.

Edison y Marconi no hacen sino encontrar la expresión externa, y dan al flúido claridad que mata la sombra de la noche, mano que escribe, voz que canta, lengua que habla; la onda hertziana se tiende por tierras y aguas, y en lengua infinita suena y habla á distancias que no ven los ojos, ni perciben los oídos, ni andarían los pies del hombre en toda su vida de andar sin descanso. ¡Luz, linterna!

Y tal como existían las potencias físicas difusas, impalpables, bajo la costra de la tierra, existían las potencias espirituales, el amor, los celos, la ambición, la venganza, todo linaje de pasiones, malas ó buenas, diluídas en el seno de la humanidad. Sólo cuando las toca el poeta, las da expresión é imagen fijada á perpetuidad en arquetipos de los sentimientos humanos: el amor en Julieta, los celos en Otelo, la venganza en Hamlet, en lady Macbet la ambición, y la avaricia en el mercader veneciano. El arte y la ciencia, con poder igual, han dado cuerpo y forma visible á esas potencias ocultas en la naturaleza.

Porque la expresión no es otra cosa que la forma. ¿Por qué la rosa expresa que no es ave y el ave que no es león? Por la forma.

¿Por qué la estatua y el cuadro expresan los sentimientos de sus figuras? Por la forma de la línea.

¿Por qué el barro y la peña se convierten en seres, á veces más vivos que si fueran de carne, y son más preciados que si fuesen bloques de diamante? Por la forma.

Y con tan definitiva importancia, que puede decirse que la forma es el fondo del arte. Su mérito no es su materia ni su contenido.

Los que desdeñan la forma, caen en el absurdo de dar más valor

á una moneda de oro de cualquiera de las millonadas que salen del troquel mecánico, que á una medallita cincelada por Cellini, aunque fuese de cobre ó hierro.

¿Por cuál otra razón que la de la forma, viven hoy y perdurarán las obras de las literaturas clásicas?

Nadie cree en los dioses paganos sino para divertirse con ellos en operetas y bufonadas.

Pereció la teología pagana, desaparecieron las ideas de entonces, cambiaron las costumbres y hasta los modos de sentir.

Todo el fondo ideal y sentimental de aquella sociedad yace enterrado bajo los escombros y ruinas de sus pueblos y ciudades.

Pues los hombres de Homero y Virgilio, las figuras teatrales de Eurípides, Aristófanes y Plauto han quedado en pie, al igual de las obras de la civilización cristiana, todo aquel mundo maravilloso está sustentado por unas cuantas plumas levísimas. ¿Qué más? Hasta el cielo, hasta los dioses aquéllos, viven por la protección soberana de los poetas.

¡Cuándo imaginara Platón que los dioses inmortales que él adoraba habían de ser salvados del naufragio histórico por las manos pecadoras de aquellos poetas viles que desterraba de su República!

Ese es el literato cuando posee en grado suficiente el don milagroso de la expresión.—He dicho.